



CINCO TEMAS

EN BUSCA DE UN PENSADOR

Carmen Naranjo

Introducción

"¡Frasas! ¡Frasas! Como si ante un hecho que no se explica, ante un mal que nos consume, no fuera un consuelo encontrar una frase que no dice nada, pero que nos devuelva la paz!"

(Seis personajes en busca de un autor, de Luigi Pirandello).

"Entre los griegos, todo dependía del pueblo, y el pueblo dependía de la palabra".

(Carta a la Academia IV de Fenelón)

"Cada frase es el gesto vivo merced al cual una sensación única . . . no es un gesto gratuito".

(Las Frutas de Oro de Nathalie Sarraute)

A veces ocurre que los temas salen en busca de un pensador, porque falta en el ambiente alguien que pondere las cosas más triviales, que a la vez son las más profundas. Los países sin pensadores tienen una serie de ideas desordenadas, que no llegan a plasmarse en pensamientos, no pasan del plano de meras expresiones, acaban por convertirse en voces desarraigadas, en oraciones simples como los gestos, en sustitutos orales de un encogimiento de hombros o de cualquier otro ademán. Ya no se ven, ni siquiera se piensa que tengan algún significado, son parte de la costumbre que no se penetra, que es algo por ella misma como un globo cerrado y sólo admite desinflarse, dejar de ser globo o sea dejar de ser costumbre.

Pero, en esas expresiones, en esas modalidades del decir, hay un fondo que debe escarbarse, porque es imposible seguir viviendo en la inercia de hablar por medio de ruidos y negar las actitudes pensantes que existen detrás de las voces. No tiene importancia que el pensamiento sustentador de los temas pertenezca a una colectividad o a un individuo. La idea en su origen fue siempre de alguien determinado y el eco atractivo que posee la hizo proyectarse hacia otros, repetirse en diferentes oportunidades, perder el sentido de propiedad y pasar al dominio de la masa, que es similar al despojo del motivo o

del principio generador, para confundirse en el volumen espeso de lo corriente. Es difícil comprender que lo carente de individualidad es casi impenetrable, ha perdido las raíces justificadas en la reacción natural de un hombre frente a un estímulo, las huellas de los gestos que no se encuentran en los espejos y sin embargo frente a ellos se aprendieron. Cuando las masas, sin profundizar el origen, repiten lo que un día alguien sí pensó, han adoptado un sonido tan legítimo como tal, que la profundidad brilla semejante al reflejo de un rayo de luz en un vaso de agua.

Las cosas no son fácilmente obvias, tienen por lo general un movimiento, una vibración, un modo de ser reversible, una tendencia a perderse aún más, a enmascarar con más obscuridad el pensamiento que existió en un principio. Esto sucede cuando un individuo vuelve a usar la expresión, consciente de que tiene un significado para él, de que ampara un estado de ánimo y de que está de acuerdo con una forma de actuar, o sea que se produce esa casi milagrosa identificación entre expresar y ser, o por lo menos entre expresar y estar. La expresión ha recuperado su raíz, ha dejado de flotar en el aire de los sonidos. Pero, vuelve la voz general a invadir, vuelve el aire a arrebatar la raíz, vuelve a flotar en la brisa de la costumbre y del inconsciente decir.

Ahora buscan cinco temas a un pensador para que ahonde sus raíces en la tierra del pensar y las voces, todas las voces, las claras y ligeras o las apasionadas y violentas o las dudosas y angustiadas o las firmes y agudas, encuentren cierta razón, aunque sea muy relativa y limitada, al sonido inerte de su repetición. Y, ese pensador es una incógnita porque sólo puede estar pretendiendo en este ensayo encontrar al verdadero, al que pueda calificar con propiedad la intención fugaz del decir. Quizás también en el fondo de un espejo quede algo de los gestos que se aprenden frente a él, y algún día un poeta o un pintor podrán descifrarlos.

Repertorio Americano

Universidad Nacional.

Instituto de Estudios
Latinoamericanos y
Escuela de Literatura y
Ciencias del Lenguaje,

Heredia, Costa Rica.

Co-directores:

María Rosa de Bonilla

Isaac Felipe Azofeifa

Secretaria:

María de los Angeles Hernández

Comité de Redacción:

Dr. Chéster Zelaya,
Director del Instituto de
Estudios Latinoamericanos.

Lcda. Julieta Pinto,
Directora de la Escuela de
Literatura y Ciencias del
Lenguaje.

Dr. Eugenio García Carrillo

Lic. Carlos E. Aguirre

Dr. Rolando Mendoza

Administración y Canje:

Instituto de Estudios

Latinoamericanos,

Apdo. 86 - Heredia, Costa Rica.

Patrocinadores:

**Caja Costarricense de
Seguro Social**

IMPRESO EN EL
DEPARTAMENTO DE
PUBLICACIONES, UNIVERSIDAD
NACIONAL

Al pensador que busca estos temas, va dedicado este ensayo.

Ahí vamos:

“... y toda frase hecha significó alguna vez, algo estrechamente relacionado con alguna experiencia humana”.

(Toda pasión concluida de Victoria Sackeville - West).

Un hombre pregunta a otro: ¿Qué tal? Una pregunta elíptica, individual, directa, hecha viendo a los ojos y esperando el movimiento de la respuesta, casi adivinando cuál será, porque la pregunta está en parte contestada en la lectura de los rasgos y en el registro de las impresiones. En el intermedio de la pregunta, un intermedio instantáneo, se sabe ya la respuesta dentro de un pensamiento oculto por prudencia, por cortesía, por respeto, por simple pereza o porque es costumbre esconder algo de lo que se está pensando. El otro contesta: “*ahí vamos*”. No dice “*ahí voy*”. Tampoco “*aquí voy*”. Proyecta en un punto lejano, sin señalar, la ubicación de su camino. Un punto impreciso, porque no es el aquí, en donde está. Es algo que sin ser muy lejano, tampoco pertenece a su presente circunstancial. Definitivamente está ajeno al momento.

“*Ahí vamos*”. Vamos porque no se anda solo y el hombre más abandonado responde vamos, porque incluye a su soledad como compañía o porque esa soledad no existe y cada uno vive desdoblado en el usted y el yo, un poco similar al lenguaje de los locos, quienes ventajosamente se señalan como usted, quizás aterrados del sentimiento de unidad. Responde el otro “*ahí vamos*”. El yo está convertido en nosotros. Nos hemos hecho colectivos como los locos, y es que hay cierta locura en el desdoblamiento de uno mismo y en el fluir hacia los demás, que cada ser concibe como un propósito fácil de colmar. Ante los grandes hechos de la vida, cualquier llamada es un voy, el verbo en la soledad absoluta. En el “*ahí vamos*” nos hemos dispersado, nos hemos librado del terreno de la unidad aislante. En el nosotros damos cabida a la familia, al amigo, al jefe, al compañero, al hombre anónimo con quien nos rozamos en la calle o personalizamos la soledad y marchamos con ella. Indiscutiblemente, el pronombre “*nosotros*” es el más amplio y el que nos incluye con el resto de la humanidad. Es la integración del yo y los otros, es el todo del conjunto humano.

Esta pérdida de la individualidad, este sujeto plural, esta semejanza con el semejante, esconden más de una idea sin pensador. “*Ahí vamos*” conlleva un ritmo de andanza conformista, un paso de soportamiento, una marcha al compás del movimiento lógico del mundo. Entonces la expresión toma un matiz metafórico y se siente que el hombre se mueve con la respiración natural de los movimientos normales, amanece con el día, anochece con la noche, recoge el giro del sol, avanza por las estaciones con que el tiempo pinta en la naturaleza las señales típicas de su poderío y distrae la repetición de los registros mecánicos; hasta se da el lujo de retrasarse o adelantarse. Camina el hombre con el “*ahí vamos*” al paso acompasado del que entró en el círculo, aprendió a beber el

licor del movimiento y embriagado en el giro de lo siempre igual, continúa, continúa, continúa hasta ser ya no más cansancio. El "ahí vamos" tiene un ritmo de canción, de sonsonete, de amén. Vamos todos y al ritmo en que van todos, voy yo también; es decir soy humano y soy parte de la humanidad, algo de la actualización constante del axioma de Protágoras "el hombre es la medida de todas las cosas", que en definitiva es el reconocimiento de que nada humano me es ajeno, o la confirmación de "yo soy yo y mi circunstancia", que en el fondo más que el apoyo individual contiene la esencia masiva del individuo, el consuelo rotundo en la esfera de la soledad, el espejo en que es hombre como idea y comparte en la abstracción el destino de los demás hombres, porque hay un principio básico de igualdad o por lo menos de semejanza.

Se tiene entonces que en el "ahí vamos", el hombre toma conciencia de su ser colectivo y se integra al ritmo del mundo. No se contesta al "¿qué tal?", con una duda o con una negación. La respuesta es concreta: "ahí vamos". No creo que un hombre cuerdo haya dicho jamás: "ahí no vamos", como respuesta a su situación específica de estar, o sea a la que se refiere en sí la pregunta. Tampoco creo que un hombre no cuerdo, un desequilibrado, tenga la suficiente perspicacia para decir "ahí no vamos", porque sería como comprender que no está integrado a la humanidad, y tanta luz es inaudita en el grado de penumbra en que esté sumergido. Igualmente no existe el "tal vez ahí vamos". Sí cabría en un momento especial de duda, depresión o análisis, responder "más o menos ahí vamos" o "ahí vamos más o menos". Sin embargo, estos adverbios cuantificativos se convierten en instrumentos de intensidad, para calificar siempre al hecho de ir. Con el "más o menos" se abre el panorama de cierto cansancio o de algún extravío o por lo menos de un ritmo que mantiene con gran esfuerzo el vamos. En otras palabras, no se niega la andanza ni el hecho de ir, se califica el cómo se va; no hay duda ni negación. El hombre contesta afirmativamente y dejar ver un poco de su esfuerzo y del esfuerzo de los demás, casi cristianamente responde, pues está reconociendo que la vida es dura pero se soporta, que el mundo es una etapa transitoria y se anda, que el día es superable pero el tiempo acaba por vencer. Vamos superando obstáculos, sobrellevando la carga afrontando los peligros, venciendo los cansancios. Vamos.

Ritmo y conciencia hay en una expresión tan sencilla como la de "ahí vamos". Pero todavía hay más. Debe de observarse que no se va como un gesto trascendente, porque no se dice vamos hacia ahí, sino ahí vamos. Sin estar en un lugar determinado y trasladarse a otro, simplemente caminando, marchando, carente de metas porque en forma básica lo que se está haciendo es soportando. Entonces, el vamos, un verbo tan activo como el ir, bajo este pronombre de nosotros en que nos sumergimos en el todo como un ser más, este anonimato que adoptamos para nuestros gestos comunes, lo que no exige individualización, se convierte en su presente circulante en un estatismo de movimiento previsto. Conviene detenerse un poco en estos conceptos. El hombre no usa el nosotros para pedir, desear, reclamar, querer, o sea en las acciones que le son propias como individuo, y si lo llega a usar lo hace como pretexto, como fácil o disimulado escondite. No se dice — salvo en la esfera de esa masificación voluntaria en que nos hacemos familia, grupo, país, para obtener ventaja ante la verdad rotunda de la soledad —, "nosotros queremos".

Eso es muy vago sin el respaldo real de un grupo ante un reclamo o una acción conjunta. Frente al perfil de uno mismo, se exclama "yo quiero". Por supuesto se quiere algo, el querer siempre es trascendente, indica verdadera acción, transitar de un estado a otro, por lo tanto expresa movimiento, acción verdadera, aun cuando sólo se quiera morir o estar solo, deseo este último plenamente metafórico porque la soledad es algo congénito al hombre y únicamente no se está solo cuando se ha roto la unidad de cada uno por un acto de amor verdadero, oportunidad en que se da el caso milagroso de la unidad desdoblada. En el "ahí vamos" no hay trascendencia, no hay meta, es el estar entero en un movimiento lento y armonico, que a su vez puede ser complejo y esforzado, pero que significa en todo caso un estatismo.

El ahí no es un lugar visible, es un sitio disperso que no está aquí ni allá, que no se desea localizar porque es evidente, es el camino común, es el círculo del que no se sale, el día infinitamente igual, la repetición de costumbres, la imagen cinematográfica de lo corriente sin novedad, sin sorpresa, el destino masificado que sintetiza una frase de la Biblia: "y pasa la vida como un juego de palabras".

El hombre pregunta "¿qué tal?" y el otro contesta "ahí vamos". No ha dicho estoy haciendo algo, no ha contestado que planea cambiar en una dirección u otra, sólo afirma que ahí está casi estáticamente andando. Y, ¿a dónde va? ¿Hacia qué sitio marcha? El "ahí vamos" es una oración incompleta, por lo tanto trágica. El hombre en su respuesta, que es elíptica, reconoce en el silencio de su parte final que va con todos los demás hacia la muerte, que muchos podrán pensar es la puerta definitiva de la presentación ante Dios, el camino del conocimiento divino.

Nostálgica expresión, melancólico resumen, triste panorama o escondido terror de hablar de sí mismo. "Ahí vamos" conviviendo el momento, agarrándonos al tiempo, uniéndonos a los demás, marchando conformes con un ritmo ya hecho, adaptando el paso en el desfile y básicamente esperando lo definitivamente destinado. Y en la expresión hay armonía humana porque se tiene conciencia del rebaño, del destino, de la libertad simulada, del camino corto o largo por el que se avanza, de la realidad presente en el tiempo.

La pregunta a hacerse es si al decir "ahí vamos", algo de lo permanentemente rebelde del hombre se alza en su respuesta. Podría suceder, ¿por qué no? Bien cabe comprender que en esa expresión se afirma la existencia frente a todos los limamientos y se expresa con orgullo todavía estamos, aún no nos han vencido, ahí vamos, estamos dentro del círculo de la vida, somos aún pasajeros, caminantes, no nos han desplazado, permanecemos. Y esta palabra permanecer es la que más similitud tiene con el "ahí vamos". La rebeldía se alza bajo el tono de la resignación, porque se dice sin agonía, no hay asomo de lucha, pareciera que la consigna es estar sin crecer.

En nuestro medio el "ahí vamos" tiene un espíritu sumamente individual, pues el sujeto no se hace colectivo con la humanidad. Para el costarricense la humanidad como abstracción es un concepto que le interesa en cuanto se relaciona con él. La gran mayoría ve los acontecimientos en otros países como meras referencias o noticias, que lo conmueven en el tanto que lo puedan afectar en su futuro como hombre, es

decir como posibilidad de que a él o a los suyos le hubiera sucedido lo que ha pasado en otro sitio. Su humanidad, como para todos los demás hombres limitados en su visión, es la circunstancia que los liga a los suyos y los suyos son unos pocos: familiares y amigos. Tampoco se va con el país, que por lo general se vuelve un concepto abstracto y se convierte en el punto de su asiento, que afirma el localismo, el medio más próximo a las inquietudes, bien farradas de intereses y prejuicios, de egoísmos y disimulos. Y este hombre va con el país cuando su marcha se asemeja a su propia situación. Entonces, dice: "estoy tan mal como el país" o "tan pobre como la patria" o "estoy peor que Costa Rica". La similitud buscada no es nunca una tendencia a la bonanza, sino al malestar. Nos hemos acostumbrado por la semejanza que hacemos entre país y gobierno, a afirmar casi siempre su pobreza, su limitada posibilidad, su pequeñez. Es tan aguda esta semejanza, que un gobierno enemigo o ajeno a las simpatías políticas, hace extraño o indiferente al país. El costarricense empieza a referirse a su tierra como si se alegrara de sus signos de derrota. Además, nuestra visión del país es siempre pesimista. "Aquí no se puede hacer eso", es un comentario muy corriente y por excelencia derrotista, es el reconocimiento y la conformidad con la limitación, es la circunstancia negativa ante cualquier intento. Antes de la acción, ya nos sentimos fracasados. Nos asustamos del esfuerzo y del ridículo porque ambos exigen superación y fuerza interior, romper la corriente y marchar contra ella.

En el "ahí vamos", el costarricense se esconde un poco, guarda su intimidad o se avergüenza de ella, afirma su poder de aguante, su casi resignación a las circunstancias y en mínima parte enseña su débil rebeldía al acomodarse porque sabe que espera, sueña y anhela el acomodo. La respuesta es inerte en muchas ocasiones, vacía como esas sonrisas tristes que se olvidan de pronto ante el acierto de un chiste. Y en esa frase de respuesta, si bien no hay testimonio de una meta, se evidencia el terror a la muerte, cuyo acontecer siempre igual no evita el hondo miedo al trance.

El costarricense tiene miedo de morir y en el "ahí vamos" reconoce su tránsito mortal. Nuestro pueblo no hace bromas con el morir, no juega con los símbolos de los difuntos, respeta los cementerios, se conmueve el día de los muertos, guarda todos los ritos necrológicos con las ceremonias necesarias, comenta con horror los accidentes, se satura de medicina preventiva y se caracteriza por ser consumidor de fetiches que puedan resguardar su salud. Es más, en nuestro medio uno de los profesionales más estimados es el médico, especie de ángel de la guarda práctico contra la muerte. Al médico no se le ve como a otro profesional, se le aprecia y se le distingue, casi se le mimaba como a un ser extraordinario cuando sobresale en su ejercicio y se tiende a llevarlo a puestos ajenos a su capacidad.

Este miedo tan marcado en nuestro pueblo, se evidencia aún más con los comentarios morbosos sobre las enfermedades y el interés en conocer los detalles de cualquier muerte. Cuando un relator abarca el tema de una agonía o de un padecimiento largo y complicado, los oyentes quedan embelesados y nadie se atreve a interrumpirlo, pendientes todos de los últimos detalles, del descubrimiento desenmascarado de actitudes ante la muerte. Es muy frecuente la pregunta: quiénes están enfermos. Luego, el qué tiene, de qué padece. Y en cada costarricense pareciera que hay una tendencia muy marcada a auscultar los signos de la muerte.

También es común que a la respuesta de "ahí vamos", se agregue una alegría sorda de conservar la vida por el simple hecho de tenerla, no tanto por el de gozarla. Se adiciona al "ahí vamos" un raro complemento circunstancial, que vale la pena que un estudioso profundice: "por dicha". Sí: "Ahí vamos por dicha". Es como decir en una dicha no eufórica pero sí plenamente existencial: estamos, permanecemos, todavía no nos ha llegado la hora de la muerte.

Expresiones, simples expresiones adquiridas por la costumbre, por el acomodamiento al medio, dentro de nuestra circunstancia de costarricenses, extremadamente pacíficos, tanto que hemos llegado al grado de imperturbables e indiferentes. Expresiones en que escondemos lo íntimo, asimilándonos a nuestro pequeño grupo, reconociéndonos pequeños, limitados, confinados a un egoísmo central, donde cualquier cosa ajena al círculo, desde el más leve cambio hasta el cambio fundamental de la muerte, asusta y preocupa hondamente.

—¿Qué tal? — Ahí vamos.

Queda el tema libre para que el pensador lo ahonde.

Qué le vamos a hacer:

"... sólo soñaba aquellas aberturas del cuerpo que existen para esconderse y consumirse en ellas".

(Persecución y Asesinato de Jean — Paul Marat, de Peter Weiss)

Esta frase no es ni admirativa ni interrogativa, porque no se admira una situación determinada, así como tampoco se pregunta qué es lo que se va a hacer. Lo hecho, hecho está, ha tenido un resultado terminante y frente a ese resultado se toma una actitud. "Qué le vamos a hacer" es una oración reflexiva y concluyente, se da por terminado un asunto y se encogen los hombros. Ha acabado una acción o ha pasado un suceso y ya no hay nada que hacer, o se cree que no se puede hacer nada. La expresión es absolutamente conformista porque en su base hay plena resignación ante lo sucedido.

Con el "qué le vamos a hacer", el hombre acepta el resultado y termina con esa reflexión cualquier hazaña, cualquier propósito, cualquier esperanza, cualquier acción frustrada. No hay nada que hacer, excepto aceptar el hecho y conformarse.

Vuelve el sujeto expresante a convertirse en colectivo, vuelve a refugiarse en el todos, como si ante la resignación dejara de ser uno para hacerse muchos. Posición idéntica a la que demuestra el decir "mal de muchos consuelo de tontos". Se corre al laberinto de la abundancia en el momento en que se reparte la desgracia, porque dentro del todos los golpes son menores y el desconsuelo de otros alivia nuestra propia pena. "Lo que a mí me sucedió no es nada, figúrese que en la casa vecina los ladrones casi se llevan a los dueños". El me robaron es muy sensible, el nos robaron es menos sensitivo. La unión de los sujetos alivia los males, quizás porque buscamos conciencia de solidaridad en el dolor. Eso podría llevar a la conclusión de que en la dicha nos hacemos extremadamen-

te individualistas, y en el pesar procuramos ansiosos el apoyo. Es más, a quien sufre se le aconseja pragmáticamente la compañía de otro que sufre más o ha sufrido los mismos males. La alegría es de alguien porque a alguien le tocó la suerte de tenerla. La tristeza también es de alguien, pero volvemos los ojos rápidamente para ver con quien la podemos compartir.

"*Qué le vamos a hacer*", parece el comentario más fatalista que se pueda expresar en nuestra lengua. Da la impresión de que después de un encogimiento de hombros, se cruzan los brazos y el sujeto queda inmóvil, sin salida, resignado, esperando otro rumbo, otra oportunidad. Y si siempre se ha de repetir en cadena, si se va a hacer costumbre esa reflexión, nos tendríamos situados realmente dentro del grupo de los muertos en vida.

El decir no admite excepción alguna porque está poniéndole punto final a la acción. La esperanza, la posibilidad de otra cosa y la lucha han quedado sin campo, fueron evacuadas oportunamente, ya no se puede mencionar siquiera. Porque antes de concluir con el "*qué le vamos a hacer*", existió un proceso en que se valoraron oportunidades, se hicieron solicitudes, se pidió al santo favorito, se acudió a la influencia de los poderosos. Todo fue inútil y el "*qué le vamos a hacer*" resume la impotencia y el fracaso de las mediaciones. La única acción que cabe es la de resignarse; es una resignación que no tiene explicaciones ni siquiera se comprende. Si fuera explicable, el hombre usaría directamente el yo y diría "*qué voy a hacer*". La introducción permitiría franqueza en su actitud y con ella verdad, porque sólo el que no se miente puede saber lo que va a hacer, aunque esté decidido a no hacer nada, a poner punto final a su acción. El hombre esconde su verdad y su definición en el nosotros, vuelve a refugiar su no hacer nada en un ente colectivo. En el fondo se está mintiendo porque se está consolando, y el consuelo es tan mentira que por eso mismo no consuela. La resignación no es un remedio, ni un calmante, es el dolor pleno de una pérdida rotunda, el hecho innegable de una derrota. Además, tampoco es comprensible porque el hombre se resigna en un entendimiento común, ante su impotencia pasa a pertenecer al grupo, en una especie de disculpa que no comprende porque no está analizando, está sentimentalmente integrándose a algo más fuerte que su voluntad, el suceso ya cumplido y ante él se desarma con una frase pacífica de conformidad.

Si el hombre estuviera exclamando "*¡qué le vamos a hacer!*", con su exclamación encerraría un grito desesperado que no es resignación ni conformidad, que es una tregua para iniciar alguna acción, para rebelarse contra lo sucedido. Tampoco el hombre está preguntando: "*¿Qué le vamos a hacer?*", porque entonces estaría indagando, estaría revolucionando la inercia de su pensamiento, estaría escarbando la posibilidad de una solución. Y en esta frase, la importancia más señalada no la tiene sólo el gesto resignado, sino el pronombre "*le*" en que se esconde la fatalidad, el destino, el hecho irreversible. Antes de lo sucedido, el hombre comprende que hay alternativas de espacio, de tiempo, de voluntad, de acción. También existe la posibilidad de retiro. Ya presente el suceso cumplido, ante la resolución tomada, ante la participación en que se ha juzgado, el hombre no puede cambiar los acontecimientos, ha jugado y en el juego ha habido una selección. El hombre se juzga víctima del azar poderoso. Está frente a dos tipos de resignación: abandonar el objeto de su deseo y desear otra cosa

o prepararse para tener más fuerza y apoyo en su anhelo. Estos dos tipos de resignación, dan a su vez dos tipos de hombre. El primer hombre es el hombre negativo, el que disculpa sus actos ante el primer no, el que convierte en fracaso eterno la primera decisión, el que se envuelve en el fatalismo, en el que cree en las cosas definitivamente preparadas. El segundo hombre siempre se esconde en la decisión, pero su escondite es provisional, se prepara para la segunda participación y su fuerza de soporte durará tanto como pueda aguantar los resultados de las decisiones a que se someta en su vida. Es un hombre optimista, un hombre libre en la atracción grave del destino, es el que espera en un momento determinado mediar su voluntad, su esfuerzo, su espíritu de lucha. Ese hombre está diciendo "*Qué le vamos a hacer*" ante un instante circunstancial, mientras se recupera y recobra el aliento, como una tregua de vitalidad, está buscando el tiempo necesario para prepararse a la lucha.

¿Cómo descubrimos a través del "*qué le vamos a hacer*" al hombre optimista y al pesimista, al embargado como sujeto de un destino y al hacedor de sus actos en rebeldía con la conformidad? Eso depende no tanto de las cadenas de actos, del historial de las actitudes, del apoyo en los pretextos. Depende del tono y del fuego interno de cada hombre, del sentimiento innato que lo consume como fuego, como pasión de actor. El tono es el instrumento fundamental de la expresión y es tan intangible como los colores velados en la composición de una pintura.

En Costa Rica el "*qué le vamos a hacer*" es una reflexión cotidiana, es casi la oración más corriente y sutil de nuestro lenguaje. Ante el primer obstáculo, ante la primera negación, aún — y lo que es peor — ante la más tibia duda, cae como una terminación de tímidas esperanzas. La conciencia de la fatalidad priva en nuestro medio y se apoya con facilidad en la pereza de un nuevo intento. El "*qué le vamos a hacer*" es el epílogo de un pretexto bien fundamentado, el acto final de algo que se intentó y circunstancias adversas estropearon. Más todavía, es el comentario del anhelo frustrado, complacido en su frustración, porque el intento exigía esfuerzos, desvelo, lucha. Entonces cuanto más se adelanta la primera señal de imposibilidad, el hombre queda libre dentro del ritmo de la inercia. La oración es reflexiva relativamente en nuestro ambiente, porque viene a integrarse a lo casi deseado; no ha exigido lucha, no ha planteado discrepancias. Es una reflexión acomodaticia, es una nivelación hacia lo consagrado como normal. Desde este punto de vista, es también realista, porque el hombre se ha desarrollado conforme a una norma de aspiraciones consideradas y calificadas como reales. El intento fue una especie de sueño, algo que transgredía en cierta forma la realidad ya sentada como base de país pequeño, mediocre, con pocas posibilidades. El "*qué le vamos a hacer*" integra a esa realidad, hace olvidar un sueño, una pretensión ajena a lo normal. El costarricense se conforma y se consuela, ha vuelto a su estado original, a su no acostumbrada ambición. Por eso el "*qué le vamos a hacer*" está muy cerca del así somos. Y si se profundiza un poco, se puede llegar a una equivalencia, o sea "*qué le vamos a hacer*" igual a "*así somos*", aun cuando muy cerca está la conclusión deprimente de que puede adelantarse el "*así somos*", y el gesto perdido de voluntad del "*qué le vamos a hacer*" le sigue como conclusión reflexiva de que no vale ningún intento: "*Así somos, qué le vamos a hacer*".

Nuestro pueblo sueña poco, o casi no sueña nada. Son escasos los sueños que se realizan, menos aun los que se persiguen con esfuerzo. Se espera que las cosas caigan del cielo o que lleguen con el gesto gracioso de una herencia. Priva el criterio de las sabias soluciones del tiempo, el tiempo solo y aislado esculpiendo las condiciones, igual que el viento y el mar sobre las rocas que se oponen a su golpe. Existe también la esperanza de que sean otros los que se empeñen en determinados entusiasmos, porque — y se reconoce sin vergüenza alguna — no tenemos carácter, el pensamiento y el esfuerzo nos asustan, nos cansan sin utilidad alguna. Es mejor dejar las cosas como están, porque *"así somos, qué le vamos a hacer"*. Heredamos a otros los problemas, pasamos a las generaciones futuras las inquietudes y nos arriconamos en el campo inmovible de la burla. Es mejor y más cómodo burlarse que fijarnos una meta, criticar que actuar, hablar que pensar, copiar algo si resulta bueno que haber tenido el propósito de introducirlo en nuestro medio.

El *"qué le vamos a hacer"* denuncia un estatismo más firme que el que anunciamos con el *"ahí vamos"*. El uso del mismo verbo ir, ir tan solo, andar, marchar, dentro de los propósitos singulares de cada vida, refugiados en un plural que es un práctico escondite, revela un ritmo de masas sin ideales, sin sueños, con metas en la culminación de un día tranquilo y esperanzas de otro día igual. Ni siquiera hay reconocimiento de individualidad, de egoísmo, de superación personal. Tampoco hay sensibilidad, conciencia de grupo que tienda a reconciliar propósitos y lograr una mejoría en el panorama de todos. El vamos demuestra una acción tan poco enfática, que no da una imagen de marcha, no se ve a un grupo determinado de hombres en camino, evidencia nada más que un movimiento lento, casi imperceptivo. Muy distinto sería si se usara el verbo estamos, tanto por su significación ontológica como por la presencia determinativa que encierra en un estado transitivo.

Apiñados en torno a la ciudad, o a los lejos con el afán de sus luces, asumiendo nuevas circunstancias, incorporados al esfuerzo convertido pronto en rutina, aceptando en gotas el progreso, deslumbrados por el signo brillante de mayor comodidad, los costarricenses se resisten a cualquier impulso de perfilarse mejor, de cambiar su acomodo frente a la incertidumbre de un ideal. Como consecuencia, cuidan los valores importados con más aprecio que los propios, niegan virtudes a lo nacional conmovidos por cualquier reflexión exterior, consagran lo llamativo y siguen superficiales las corrientes de las modas, aunque éstas impliquen sacrificios a lo poco personal que quede. *"Qué le vamos a hacer"*, es una renuncia implícita a algo propio, expresa el acatamiento a la soberanía caprichosa del momento, indica un agarrarse a la actualidad por el solo hecho de ser actual, sin ninguna tendencia a profundizar y enraizarse en el país.

Alguien podría comentar que esa expresión tiene algo de religiosidad y conviene analizar hasta dónde llega ese sentimiento. Podría pensarse con cierta facilidad que con ese decir, el costarricense, en apariencia religioso, se refugia en la voluntad divina. Entonces la frase se convierte en un acatamiento a las disposiciones de Dios, en una armonía con sus designios. Hay en parte algo de esto. El costarricense cree fervientemente en la existencia de un orden superior, bajo el cual está más o menos organizado el mundo; pero, duda con frecuencia de la estructura en sí de ese orden superior, es más

se rebela en el escogimiento de sus santidades predilectas. Acepta también dentro de ellas ciertas tendencias de la moda y de lo eficaz. Prefiere indiscutiblemente el lema de *"ver para creer"*, que el de *"creer para ver"*. El *"ver para creer"* resulta una consigna de muchas actividades de los costarricenses. Esto se hace palpable en el congestionamiento que se presenta espontáneo ante algún suceso. El costarricense no cree en los relatos, prefiere ver con sus propios ojos. El accidente callejero, el lugar del suceso, el ajeteo del escándalo político, consigue espontáneamente miles de ojos presenciales y curiosos. En cambio, ante los espectáculos indirectos, salvo que exijan la presencia como estímulo para la reacción individual, se prefiere el relato de otro, pero más que el relato su comentario, en esta forma el costarricense evita pensar y termina por repetir la crítica, rara vez se opone a ella. Es por esto que la crítica en este país tiene la vía más fácil de comunicación. Se dice *"yo no lo he visto o leído (según el caso), pero parece que no vale, me han dicho . . ."* El costarricense tiende el oído en busca de unos ojos prestados en estos casos y goza con esos comentarios, pues dentro de ellos se libra de cualquier responsabilidad, sin perder el movimiento de lo que está sucediendo.

Esta inercia que va del campo del pensamiento al de la fe, se presenta como un estímulo muy fértil para la expresión del *"qué le vamos a hacer"*, que en esa forma — matizando nuestra lengua — configura una ancla leve y pesada que nos permite flotar con cierta comodidad.

Y en materia religiosa el costarricense se mantiene dentro del *"ver para creer"* como fundamento de su fe. Por eso tiene para él mucho ascendiente el prestigio de las personas religiosas. Si bien hay cierta burla hacia el beato, se reconoce que ese calificativo es una especie de abre puertas. La vida ha enseñado al costarricense a ser práctico y no olvida esa condición de respeto y señorío. Su localismo, sentimiento más sincero que el nacionalismo, que acaba por ser una pose, lo lleva a preferir los santos locales. A la postre resultan más eficaces y comprensivos. Se puede decir en general que sus ideas religiosas son muy simples y humanas, Dios es un personaje familiar, *"el gran tata"* de los campesinos o el gran *"papá"* en el lenguaje de los pachucos. La Santísima Trinidad está revestida de un concepto similar, pues es la representación de la familia armoniosa. La organización divina es simple y natural; lo humano está en un sitio secundario, sometido en todo al plano superior. No hay en el costarricense angustia verdadera de carácter ontológico, ni tampoco duda, menos aun irrespeto. Son conceptos hechos, aceptados supersticiosamente. Es un orden ya dado, al que se acomoda. Esta aceptación básica, firme como tal dentro del tiempo, ha ido limando el sentimiento religioso. Tenemos que el costarricense cree pero no siente, reza pero no actúa conforme a lo que maquinalmente repite. Si sucediera lo que un autor de teatro, muy conocido y valioso en nuestro medio, ha imaginado de que Dios ha muerto, es muy posible que la reacción del costarricense fuera poner una tarjeta en los periódicos, más o menos en los siguientes términos: *"Por razones muy personales, se ruega expresar por escrito los sentimientos de condolencia al apartado . . ."* Nunca ha querido verse molestado por las cosas divinas, ni siquiera con el pensamiento. Dentro de la organización cómoda en que ha enmarcado su vida, las cuestiones religiosas son cosas de iglesias y de curas, ajenas a su circunstancia salvo que se le presente un caso en que la voluntad divina ha externado un gesto. Ante ese gesto aparece como un resorte la frase *"qué le vamos a hacer"*, y es como decir Dios así lo

ha dispuesto o el santo tal así lo ha decidido, ya nada hay que hacer porque conviene supersticiosa y cómodamente convertirse en eco de lo que significa inercia, falta de superación, menor esfuerzo, tendencia acomodaticia. Está el costarricense ante un signo divino, está viendo y por eso conviene creer que hay una expresión de sabiduría.

El que quiere ver para creer confunde todas las señales, ve espectros donde hay realidades, ve signos divinos donde hay resultados lógicos, ve conformidad donde grita la necesidad de un esfuerzo, ve consuelos y lástimas donde se exige hombría y trabajo.

La falta de preocupación por las cosas de Dios y por Dios mismo, adquiere un lenguaje resignado, consubstancial en una impotencia declarada de antemano, cuyo significado más claro está en el "*qué le vamos a hacer*".

Valgan estas reflexiones para el pensador que buscan.

A mí qué me importa:

"Entre la mentira y la hipérbole el lenguaje se destruye".

(El Segundo Sexo de Simone de Beauvoir)

Si por comodidad y por miedo a la individualidad, el hombre se esconde a través de un sujeto plural, cuando ya está frente a un suceso que lo conmueve, le repercute directamente y se refiere a su vida en forma concreta, pues ha tocado en alguna forma sus propios intereses, no hay evasiva posible en cuanto a una expresión que le pertenezca, sea parte de él. Ya no es admisible evadirse detrás del nosotros. Ese escudo no se puede aceptar. El hombre responde, ya escondiéndose dentro de sí mismo, "*a mí qué me importa*" y al enfatizar dentro de esa expresión dos formas del pronombre yo, está definitivamente sumergido en su propio círculo.

Para entender que aunque solo, el hombre también se esconde en esta expresión, pongamos un ejemplo. Imaginemos que ha habido una resolución o un juicio que afecta a un hombre determinado. El pronunciamiento hiere su propia estimación. Frente a un suceso de esta naturaleza, se realiza en la práctica un acoso. El hombre se siente sin salida, porque es dado a polemizar sobre aquellos aspectos muy generales y poco íntimos en que puede exponer sus pensamientos y reservarse dentro de las palabras. Es muy fácil hablar, pero realmente dificultoso explicar actitudes personales, justificar los propios actos, hacer comprensibles las posiciones humanas. En nuestra época ese es un trabajo de técnicos, de psiquiatras o psicólogos. La facilidad con que se presenta el axioma socrático de "*conócete a tí mismo*", es un laberinto complicado en cada ser individual. Es muy lamentable que nos perdamos la mayoría de las veces, en la práctica del intento. Este hombre acosado por un juicio ajeno a él mismo y que lo reduce a un concepto, tiene un camino fácil de salida. Entonces responde: "*a mí qué me importa*". La oración es tan negativa como insincera en la generalidad de su uso, pues quiere decir

que al sujeto no le importa, le tiene sin cuidado el pronunciamiento o el juicio vertido sobre él. La razón busca desprender el malestar, hacerlo ajeno, suprimirlo de toda consideración y aprecio. Y cuanto más hiera, más estorbe, más duela, el hombre afirma negativamente su importancia. Busca en la insinceridad de la desvalorización, liberarse de las preocupaciones que tiene menoscabándolas. Pretende insensibilizarse ante el golpe que le ha dolido y le sigue doliendo. Por diversos caminos mentales, trata de recuperar su fuerza, pero exteriormente se defiende con una capa de indiferencia.

La primer cosa que denota esta expresión, es la de que en realidad es un grito desnudo de libertad. El hombre al exclamarla desea sentirse libre de todo juzgamiento, insensible a cualquier golpe, normalmente acomodado a su circunstancia. Algo lo ha conmovido, algo que quiere olvidar, negar, apartar del círculo de su vida. Es el sentimiento de libertad defensiva que todo ser humano alega en determinado momento para sí mismo, con la gala desnuda de su egoísmo. No quiere preocuparse, no quiere sensibilizarse, no quiere alterarse.

Deseo limpio y desnudo de libertad irresponsable, libertad que en los momentos cruciales de nuestra vida exigimos porque nos estorba el comentario, la intromisión, el auscultamiento de nuestros actos, o porque nos queremos reservar en el nivel de nuestra propia seguridad, ignorando cualquier alteración. Esa libertad irresponsable es el silencio de la sensibilidad, la ignorancia de los demás, el reconocimiento genuino de nuestra esfera cerrada. El cierre de puertas a lo que no sea propio, exclusivamente personal, a las voces ajenas, a las demandas de otro, a los comentarios que afectan.

La expresión no cubre únicamente lo personal y con ello se abre otro campo al análisis. "*A mí qué me importa*", se refiere a cualquier suceso que pretenda sembrar inquietudes ajenas a los intereses particulares. Resulta que los conceptos más difundidos, de carácter cívico y social como parte sustantiva de la vida de cada individuo, con los que se ha nacido y crecido, pueden exigir un esfuerzo, una colaboración extraordinaria, una integración espontánea u obligada de un individuo. El "*a mí qué me importa*" puede ser una respuesta que lleva consigo una traición, un olvidarse de las proyecciones humanas del hombre como parte de la humanidad.

Si por una parte el hombre puede tratar de olvidar lo que se refiere a sí mismo, en su deseo de una libertad eminentemente irresponsable, no puede declararse enemigo de la sociedad a través de un rompimiento tan absoluto como es el de ni siquiera considerar importancia alguna a un hecho colectivo. Olvida que ese hecho colectivo lo afecta como ser humano y como componente de la sociedad; no puede asumir una posición ajena a lo esencialmente social en cuanto a la relación cierta que existe entre los hombres ligados por circunstancias reales a su país, a un poblado o a cualquier forma conjunta de seres. No cabe, no puede haber en nuestra época, un concepto tan irresponsable como el de "*lo que no fue en mi año no fue en mi daño*". Pero, suponiendo que esa expresión se refiera en un tanto sustancial a la versión histórica de cada cual, es todavía menos admisible el desprendimiento que significa el "*a mí qué me importa*". Ya no hay consideración de tiempo, ya no hay pretexto de años, ya no hay distancias que disminuyen la intensidad de los acontecimientos, estamos

dentro de la actualidad, en el momento preciso en que se puede hacer algo, en la dimensión de la historia que se hace, no la que se analiza.

La libertad irresponsable ante el gesto egoísta, se convierte en libertad vacía porque la libertad como un propósito individual, como un medio de salvaguardar el derecho a vivir aislado, como un grito inconsciente de hacer lo que viene en gana, es una libertad sin contenido humano. Nada se encuentra en ella, ni un gesto amigo, ni una señal de ternura, ni una prueba de consideración humana, menos el aviso de un sentimiento hondo como el amor. Puede existir la salvación individual porque es un acto de enfrentamiento del ser ante sí mismo o ante un ente superior, y la salvación individual no puede ser nunca la insensibilización, el olvido de los demás o la inconsciencia solidaria, pues comprende una rendición de cuentas sobre el grado de humanización.

Puede existir también la independencia personal, es más debe existir si se quiere ser alguien y adquirir calidad humana. Independizarse es el hecho indispensable para iniciar la valoración de los actos ajenos y propios, para darle importancia a las cosas. El que ha conseguido la libertad a fuerza de insensibilización, es un verdadero autómatas, el moderno robot de nuestra sociedad, el capitalista del *"a mí qué me importa"* como reacción ante el acontecer humano divorciado del sujeto, la separación rotunda del yo ante el legítimo derecho de los otros pronombres, sobre todo la ignorancia del nosotros. No se dice *"a nosotros qué nos importa"*, salvo el caso en que un interés determinado de irresponsabilidad y de egoísmo haya unido a un grupo.

Resulta que para referirse al estado individual y a la resignación conformista, el hombre se escuda en un sujeto colectivo. Pero, para apartarse de un hecho especial, usa su propio nombre impregnado en el yo, que en todos los idiomas abarca la propiedad de seres y cosas, de estados y reacciones, de gustos y repugnancias, de rechazos y aceptaciones. El yo es el agente más poderoso del idioma, sólo igualable al sí y al no como puertas de todos los pasos.

Es al yo al que no le importa. Y la negación se expresa con la partícula *"qué"* en sentido de medida para indicar la mínima, la importancia valorada bajo cero, similar a los termómetros, en que el cero empieza a tener un valor más negativo y se inicia la medida de la negación. La exclamación del *"qué"* equivale a la palabrota que se omite o que se sustituye en aras de la buena educación. El sinónimo en este caso no oculta sino que enfatiza, destaca que no hay importancia, no la puede haber porque al sujeto no le importa. Desde ese punto de vista es una negación de la realidad, pues se está ante un hecho que no se valora, no se le atribuye importancia, casi no existe para el individuo. Es la expresión corriente del conocimiento subjetivo, es el soy dentro de lo que quiero que sea. Alguien podría opinar que el *"qué"* es interrogativo sin respuesta, pues va implícita en la frase. No se debe perder tiempo en tal disgresión, en el fondo es lo mismo, la única diferencia es que el camino de la interrogación es más largo para llegar al mismo resultado.

El *"a mí qué me importa"* enseña indiferencia, insensibilidad, inconsciencia, deshumanización, irrealdad caprichosa, mentira, irresponsabilidad, consuelo cobarde, carencia absoluta de valor y de independencia. Nadie logra ser indepen-

diente por la puerta del escape, nadie llega a independizarse con los ojos y los oídos cerrados. Ser independiente exige lucha, enfrentamiento valiente con los problemas, victorias sobre el egoísmo e integración verdadera con el reconocimiento humano. La indiferencia es un peligroso camino hacia la esclavitud, es la dependencia del a mí sí me importa la pequeñez, la concepción del ser como pasajero agarrado a lo mezquino, la glotonería en el reparto de la usura social. La irrealdad caprichosa se demuestra en el deseo iluso de pretender únicamente lo aceptable desde el punto de vista de la comodidad de cada quien. Es el rechazo de lo incómodo, ya sea revestido en forma de pregunta, de inquietud, de pensamiento hondo, de preocupación social o personal, de conmoción íntima o de conciencia de altura. El hombre se miente a sí mismo con la expresión de *"a mí qué me importa"* y la mentira puede llegar a ser tan vital como la irresponsabilidad en que se ha sumido. La irresponsabilidad en nuestra época es una de las tantas drogas con que al negar nuestra realidad, también nos negamos a nosotros mismos. Se presenta como un epílogo el consuelo cobarde de la importancia, que significa la carencia absoluta del valor necesario para vivir como ser humano capaz de ser en la fuerte vibración de la humanidad.

En nuestro país, el *"a mí qué me importa"* refleja visiblemente el individualismo anárquico del costarricense. Individualismo porque tiene un profundo sentido de su conveniencia, no porque aspire a tener calidad de individuo y como tal necesite fortalecer su yo pensante o su yo persona. Está atento a sus intereses personales, a la comodidad estable de sus aspiraciones: un buen empleo, salud, abundancia de dinero, seguridad personal y familiar, libertad de movimiento sin responsabilidad y respeto a sus deseos de propiedad. Este es el fiel retrato del individualismo burgués. Carece el país de personalidades individualistas, casi se podría decir de individuos. Nuestros políticos buscan ser la balanza exacta del costarricense mediocre, al que los hombres inteligentes y aventureros asustan, hasta los que piensan mucho resultan incómodos. Sobresalen en las campañas como perfectos representantes del individualismo masificado, son promesas de respeto a la indolencia frente a la superación, al ocultamiento de los problemas difíciles, a la reverencia a una tradición que se ha ido lavando y ha progresado en la pérdida de su verdadero sentido, de su idealismo original. Este individualismo es anárquico porque está configurado en cada costarricense, es una condición de su cerebro, no coincide en cuanto a valores en dos personas, no puede sumarse ni generalizarse, salvo en su común denominador: la tendencia a lo inerte antes de sacrificar un solo movimiento por el bien común o sea la preferencia a no actuar si en ello hay un mínimo peligro a la comodidad estable de cada uno.

El análisis de lo anterior nos puede llevar a una verdad en parte muy dura, y es la de que el costarricense no es individualista sino esencialmente egoísta. Nacido en un ambiente con apariencia de medio fácil, y en el fondo tremendamente hostil para formar con la austeridad necesaria a un verdadero individuo, el costarricense se pierde alegremente frente a las posibilidades que tiene de realizarse. En vez de pensar por sí mismo, copia; en vez de creer, miente y exige fe para sus mentiras; en vez de ser, imita; en vez de crecer, sigue; en vez de opinar, repite; en vez de valorar, exclama *"a mí qué me importa"*. El individualista es un ser que ha medido su propia importancia, por eso es individuo, tiene conciencia de su misión como ser humano y está influido por la responsabilidad

de su trascendencia. El egoísta es un tipo inmanente a él mismo, pegado al valor rastrero de su alcance sólo puede dar importancia a lo que es significativo a su propia comodidad. Lo demás pertenece a lo de su no incumbencia. Es hasta el límite en que se empieza a incomodar.

Este negar importancia, este rodearse de un mundo ignorado, de otro ser sin derecho, este envolverse en la niebla para contar con la luz propia del capricho egoísta, enseña un sueño del costarricense: la libertad ilimitada en cuanto a cada quien y limitada para los demás, otorgada como una graciosa concesión a los otros mientras no molesten y sigan agradeciendo la dádiva. El sueño de libertad del costarricense es un sueño egoísta y es la señal del miedo profundo a vivir responsablemente.

Dentro de este sueño, también esconde nuestro pueblo el miedo de encontrar su realidad. Prefiere repetir Costa Rica es la Suiza de Centroamérica, a darse cuenta de los problemas sociales que tiene el país. Prefiere comentar que su café es el mejor del mundo, a concebir la realidad de un monocultivo sangrado como una bolsa de agua agujereada por miles de escapes hacia una vida artificial de lujos y vanidades. Prefiere repetir que las mujeres son las más lindas del mundo, a sentir un gesto de hombría y de caballerosidad. Prefiere la permanencia de una ley ineficaz por el miedo terrible a lo nuevo en el país, quiere que su patria tenga una cara envejecida y un cuerpo achacoso porque prefiere amar al padre y negar al hijo o al nieto, su pensamiento no llega nunca al bisnieto.

El "*a mí qué me importa*", además de negar la realidad, busca esquivar el tiempo. Lo que fue es un monumento histórico y no se revisa ni se analiza. Lo que será es una incógnita que no preocupa y sobre la que no cabe presunción alguna. Y lo que es, es en cuanto a la realidad de cada uno entre el hoy, el ayer y el mañana, algo por hacerse que no se hace, dentro del cual el tiempo es una condición que se puede aunar si se quiere a la realidad, pero que no es completamente necesario porque hay un momento en el que el tiempo se viste de voluntad y otro de fatalismo. El costarricense no vive el tiempo, tropieza con él. Lo olvida con frecuencia y cuando se lo encuentra como un valladar imposible de vencer, la mejor salida es desconocerlo, negarle su importancia, expresar el "*a mí qué me importa*".

Pero, esa expresión rebela la sensibilidad patológica del costarricense como resultado de su irrealidad circunstancial y de su egoísmo vital. El costarricense con el "*a mí qué me importa*" demuestra su contradictorio resentimiento social, pues por una parte ha tendido a olvidarse de lo que no sea su propia comodidad y por otra exige consideración, respeto, libertad, privacidad para sus actos, simpatía para sus problemas, afinidad con sus inquietudes. Sensible como todo egoísta, sensible en la médula de sus derechos, exclama resentido y amargado la no importancia que le duele y le hiere. Su egoísmo se encuentra con los bordes de la realidad, que ha deseado ignorar y dar por no existente, entonces sólo cabe la negación aun más voluntaria, más evidente, más enfática. La negación obvia que trata de ocultar la sensibilidad resentida. El "*a mí qué me importa*" es el decir del sensible a lo propio, es el tono del hombre consumido en su propio egoísmo, al que le corresponde exhibir la valentía de rehusar las heridas. La expresión se convierte en las lágrimas que se esconden por el temor de llorar como acto libre del dolor. Falta más que nunca la palabrota y el costarricense no la omite porque sabe que la li-

beración plena es un incendio voluntario de palabras. La ira, el resentimiento, el amargor se queman con ellas, son combustible fácil de frases y frases.

El hombre generoso en el ejercicio egoísta, es el hombre más sensible a la contabilidad del reconocimiento. Acostumbrado a negar lo real, afirma negativamente su sensibilidad, oculta de nuevo su resentimiento por el camino fácil de expresar su carencia de valor y de importancia, no quiere que nada trascienda por su alma ya herida. Se parece al moribundo que se niega a morir de la enfermedad de que padece y ambiciona otra, para contradecir en el último momento a la muerte. Es como decir no padezco de susceptibilidad, no estoy herido porque no quiero estarlo, por eso lo niego aun cuando sienta dolor y tenga los síntomas. La contradicción vital es el arma que aniquila al aparentemente más fuerte y equilibrado de los hombres. No es un secreto, no es un dilema existencial, es un escondite consciente que se pretende hacer inconsciente, que enferma la voluntad y acaba por aniquilar la condición sensible y humana de cada quien.

El costarricense es receloso a considerarse a sí mismo sensible, cree que con eso se debilita, pierde su hombría y se menoscaba. El "*a mí qué me importa*" viene a ser una confirmación de su virilidad. El costarricense, avergonzado de ser tímido, de sentirse inferior ante determinadas circunstancias, de expresarse insuficientemente como ser universal, abrumado por su corto panorama, en la médula hiriente de su egoísmo, confirma su hombría, su machismo, con el "*a mí qué me importa*". Necesita negar para afirmarse, se siente libre e independiente cuando niega, se ve a sí mismo más hombre cuando encierra en la nada lo que le es extraño.

Hay una onda fuerza negativa que debe dirigirse hacia propósitos humanos de superación y de altura, que exige una nueva educación, seriedad en todos los campos, verdadera responsabilidad social y un encuentro inmediato con valores e inquietudes, para conmover ese ambiente de oasis alucinado en que pasan la vida los costarricenses en espera de unas vacaciones eternas.

Confío en que el pensador a quien busca este tema, exclame con un gesto abierto a mí sí me importa.

De por sí . . .

"Poder sin valor y sin responsabilidad desemboca en dispersión, en pequeños dioses abismales o en el único dios de una abstracción terrena: la historia, las fuerzas ciegas, la nación escogida o la mecánica incontrolable".

(La Región más Transparente de Carlos Fuentes).

Esta es una frase muy semejante a la someramente analizada en los párrafos anteriores. Sin embargo, tiene una diferencia sustancial, pues no se valora la importancia desde el punto de vista del mismo sujeto, sino que es más atrevida y concluyente, deja sin valor al sujeto, al objeto o al suceso de que se trate. Más que una frase de valoración, es una expresión depreciativa. No hay ignorancia, no hay desconocimiento, no hay afirmación negativa. Existe conocimiento y mediante ese conocer se mide despectivamente. La gradiente que se suscita, eleva al juzgador y desvanece o menoscaba lo juz-

gado. No se produce el juzgamiento en un mismo plano, el declive siempre desfavorece. "De por sí . . ." es un decir concluyente porque se ha medido el valor y ese valor ha resultado mínimo, carente de importancia. El sujeto no se evade detrás del "a mí qué me importa". Ha asumido la responsabilidad de medir y de valorar, la conclusión es simple: aquello, esto, eso, cualquier que sea el ser o la cosa juzgada, no vale nada. Se ha juzgado, por lo tanto, el valor de alguien o de algo y ese valor ha resultado vacío de contenido, no tiene importancia. Ya no es el sujeto al que no le importa, es el hecho el que carece de importancia.

La frase es complicada y casi nunca se termina, aun cuando lleva los puntos suspensivos más elocuentes que es posible escribir, ese tipo de puntos suspensivos que expresan lo evidente, lo que no es necesario decir. No los que estimulan la imaginación, sino los que reemplazan lo obvio. Los tres puntos no omiten "de por sí esto vale la pena". Eso exigiría la frase completa, habría que abundar en el decir, faltaría el agregado de la apreciación que no es obvia, que casi es inesperada, requiere hacerse evidente.

La oración "de por sí . . ." conlleva un juicio despreciativo después del acto de conocer y juzgar. La opinión se expresa elípticamente en los puntos suspensivos. El que habla analiza la médula intrínseca de alguien o de algo. Entonces se dice "de por sí . . ." El "de" comprende la pertenencia, a quién o a qué pertenece. El "de" representa en esta frase al agente del reparto, excluyendo la propiedad personal. El "de" no une en esta frase a alguien o algo con el sujeto hablante. Con el "de" se inicia la labor de juzgar, introduce el "por sí". Este "por sí" explica el valor de lo juzgado. Los actos son por sí, así como las personas son también por sí. El "por sí" comprende el qué de lo juzgado, o sea el valor que tiene. La frase completa admite que eso — lo juzgado — perteneciente a otro, que quizás pudo tocar o influir al sujeto hablante, carece de valor, no tiene importancia.

El hombre juzga en circunstancias muy especiales. La promiscuidad en que vive lo pone en condiciones y frente a alternativas, en que está obligado a elegir o ser elegido. Cuando es elegido y se sostiene dentro de la elección recibida, el hombre defiende su posición argumentando a su favor. Si se trata de un premio, el hombre premiado hace más difícil la conjunción de los requisitos, para sobresalir dentro del favor recibido. Es la tendencia simple a la heroicidad, instinto aprendido a través de la historia y confirmado por el deseo de destacarse como forma de poder que se desarrolla en todo conglomerado humano, pues el hombre no se resigna a la igualdad.

Pero si hay un perdedor ante el reparto del premio, la posición es diferente. Ya no se abunda en los difíciles requisitos, ya no se destaca la condición heroica o sobresaliente, ya no se mide la perspectiva del arduo triunfo. El hombre desvaloriza la importancia del hecho, disminuye el alcance del premio, omite analizar la dificultad en sí, sólo se refiere a la relatividad del premio, menoscaba su significado y pronuncia el "de por sí . . ." Los puntos suspensivos resultan cómodos, aun cuando no esconden la valoración despreciativa. El hombre refleja en un gesto, en un movimiento de hombros, en una modulación de la voz o en un rasgo de la boca, su desprecio. El no vale nada o el no vale la pena, dibujados en el ade-

mán y presentes en los tres puntos, no alcanzan la formación en palabras escritas, están dichos en otro lenguaje, el que carga con las emociones y se queda en la intención de los signos.

¿Qué hay en esa forma despreciativa? ¿Qué significa esa valoración? Para contestar estas preguntas, se debe analizar primero que el "de por sí . . ." tiene siempre un fundamento, es un concepto o una expresión fundamentada. Detrás hay un hecho pasado, una acción terminada o tal vez un suceso que se presente ya como un acto concreto, y ante lo sucedido se reacciona. Existe el estímulo que fundamenta la expresión. El desprecio es la consecuencia del suceso. El fundamento es la justificación del acto. No se está ante una expresión libre, surgida espontáneamente, se está ante una frase condicionada. La valoración se hace cuando el hombre se ha enfrentado a un hecho y el hecho tiene una respuesta concreta que no favorece. Por eso lo que hay básicamente en esta frase, es consuelo. El "de por sí . . ." es un bálsamo que cierra heridas, pero no las cura; que aplaca el dolor, pero no lo quita; y que fortalece la lástima de cada cual.

"De por sí . . ." es una expresión de gran fuerza original, pero sin repercusión verdadera como apoyo justificativo de cada uno. Se eleva como una cortina de humo, que se desvanece ante el primer signo de encuentro cierto con la realidad en su justo valor, cuando la realidad pesa y golpea. El consuelo es más fuerte que el de "a mí qué me importa", porque no es en este caso una mentira evasiva. Es el fruto de un pretexto fundamentado en la valoración del suceso. El hombre no se evade, sino que cambia las circunstancias. No se miente en cuanto a sí mismo, miente en cuanto al medio que lo rodea.

Existe la misma condición cuando el "de por sí . . ." justifica una acción que se va a emprender. Factores inciertos no auguran un porvenir seguro, el hombre se apresura a disculparse o sea a consolarse de antemano. Exclama "de por sí siempre hablan" o "de por sí no tengo nada que perder". El hombre se afirma en sus propósitos despreciando el resultado de sus acciones, no ante sí mismo, sino ante los demás. Estas expresiones dejan ver claro que el consuelo más que íntimo es exterior. La frase es demostrativa, tiende a conservar la estimación de los otros como un medio claro del alimento más inseguro: el ser a través de las apariencias. Concibe que aparentemente debe aparejar con su acto una actitud consciente de sacrificio; el hombre se atreve a desafiar un hecho determinado, como la habladuría, y lo hace con conocimiento pleno del peligro, pero antepone el desprecio para que se pueda medir su valor, está demostrando su desequilibrio íntimo en procura del apoyo externo. No ha pensado en actuar por sus propias razones, con fundamento en lo que desea, en lo que aspira a ser. Se apoya en el hecho iluso de que siempre hablan o de que no tiene nada que perder. El "de por sí" no es desafío justificado en la acción misma, no es el producto de una personalidad fuerte que se expone a ser juzgada porque su contenido interno no puede medirse frente al acomodo estrecho de los otros individuos. El hombre se atreve a actuar porque no tiene nada que perder, porque ha valorado las circunstancias y dentro de ellas da lo mismo actuar o no actuar; o, porque con su acción o su no acción no puede callar los comentarios, que sabe vendrán si se queda inmóvil o toma un rumbo determinado. Por eso se adelanta a consolarse, pretexto de antemano su actitud. Es el consuelo del hombre pesimista, sumido

en su propio fatalismo, seguro de que el porvenir está plagado de ajenos y propios "de por sí . . ."

Lo anterior demuestra que además de consuelo, la valorización despreciativa significa miedo, un profundo miedo a encontrar sin pretextos la realidad. No hay fuga más cobarde que la vía de acortar y suavizar el alcance de las circunstancias; es la renuncia a la lucha de vivir, que es fuente de goce permanente de la existencia en la dimensión de uno mismo, alimentada por la misma sustancia humana con su trágico sentido de temporalidad eterna. El desprecio forzado de las circunstancias, que es el mundo de los otros y de las cosas, es tan perjudicial y negativo a la vida como las alucinaciones conscientes o el ilusionismo provocado a base de inadaptaciones a los golpes duros que dulcifican los espíritus.

Muchas veces el "a mí qué me importa" se liga al "de por sí . . .", para decir "a mí qué me importa de por sí . . ." En esta forma se une la negación absoluta de la importancia que da el sujeto al acontecimiento hasta evadirse en forma premeditada del esfuerzo de juzgar, al desprecio que tiene en sí lo juzgado. Se justifica de cierta manera el acto de evadirse, porque da cabida al que puede importar lo que de por sí carece de importancia. El actor está justificando su negatividad ante la carencia de valor de lo juzgado.

En sentido lato podría pensarse lo anterior, pero en realidad no cabe tal justificación ni tampoco hay albarda sobre aparejo. No se trata de justificar la no importancia con la misma no importancia o poca importancia. Sería como decir "a mí qué me importa lo que no me importa", y salvo que se desee adoptar un lenguaje absurdo no habría forma de llegar lógicamente a esa expresión anudada en la negación de la importancia, pues no hay necesidad alguna de decirla. Lo que sucede en realidad es que al sujeto quiere no importarle y como desea vehementemente evadirse en forma egoísta del hecho en sí de valorizar, agrega el "de por sí . . ." que viene en auxilio enfático, es el refuerzo de la nota para expresar que aún cuando le importara no vale la pena o su importancia sería en vano. Hay un crecimiento de la inercia egoísta, que en vez de justificación pretende razonar arbitrariamente la actitud evasiva. Se quiere decir que no hay preocupación, pues de haber preocupación, ésta sería ineficaz, no tendría eco o de tenerlo ese eco se perdería. El énfasis viene a razonar el capricho, tal como en el lenguaje de los niños, edad en que las palabras enfatizadas encuentran razón de sonido y afirmación de deseo, entonces no se justifican, simplemente se dicen. Los niños usan un lenguaje libre y en esencia emotivo. Exclaman "no quiero ir porque no me da la gana". La gana es un hecho de voluntad que sólo se destroza ante el castigo o la amenaza, pero no ha logrado salir del quiero, está dentro de él, es el pie fundamental que repite los pasos y selecciona como un ágil bailarín dos posiciones. No hay albarda sobre aparejo, la posición enfática del lenguaje tiene las técnicas de la música, extiende las notas en posición repetitiva para dar carácter a la melodía. El "a mí qué me importa de por sí . . ." es una expresión infantil, para confirmar el egoísmo. El hombre recurre al decir de los niños para fingir espontaneidad en la falsedad de sus afirmaciones. El lenguaje de dos hombres que pelean es el mismo de dos niños en disputa, con la variación del tono y la diferencia asomada por la red en que se van a tejer las versiones.

El "de por sí . . ." encierra un juicio de balance con sus resultados parciales de desprecio, y con el desprecio consuelo,

y con el consuelo miedo, y con el miedo resignación y pasividad.

En Costa Rica la expresión tiene tonalidades semejantes, dentro de la música medular del evadirse despreciativamente, como si hubiera un miedo terrible de enfrentarse a los hechos y de externar las opiniones. Se reserva el costarricense, temeroso al ridículo y a desentonar en su medio; economiza sus fuerzas en espera siempre de circunstancias más favorables en que pueda resbalar alegremente; le asusta hacer nuevos caminos, más subir hacia las montañas; prefiere reírse de los que actúan porque "de por sí nada vale la pena". Hay un desdén marcado al esfuerzo y al empeño de superarse, se mira con desconfianza al que trata de crecer y con frecuencia se pretende falsear las bases del que busca afirmarse en algún campo.

Esta lástima consoladora que expresa el "de por sí . . .", se marca más en el costarricense porque tiende a una amargura precoz. En nuestro medio, la gente pronto envejece y la edad se convierte en un escudo de pasividad. El "de por sí a mis años ya no es posible el intento", revela el amargor de un pensado fracaso, la condición anuladora de cualquier intento. Nuestro hombre medio se tiene una profunda lástima y con ella alimenta su amargura. No ha pensado en el esfuerzo, se ha refugiado en el azar, ha puesto sus manos fuertemente en la boya del destino y se lanza así a las corrientes, esperando en que la deriva lleva al remanso y que el remanso le pertenece por obra y gracia del Espíritu Santo. Por eso sueña insistentemente con la suerte, cree en forma rotunda en el arbitrio de los escogidos, teje ilusiones frente a la irrealdad de esperanzas sin raíces. Es frecuente en nuestro ambiente oír a la gente apoyar sus ideales en un billete de lotería, repitiendo cada semana sus oraciones sugestivas para el apoyo de su suerte, y esa fe tan vacía se renueva cada ocho días al romper un billete y adquirir otro. Siempre el efecto gracioso de la fortuna por el simple hecho contagiante de colgarse de las ilusiones para olvidar la realidad. Los costarricenses dan la impresión de estar suspendidos de sus aspiraciones irreales con los pies flotando en el vacío.

El tono de amargura no es muy acentuado ni tiene raíces hondas. Para adquirir el matiz de amargura profunda, el hombre habría tenido que luchar con fuerza, caer sin apoyo y conocer en toda su dimensión la vida dura. La amargura es un acto de disculpa y disimulo, que no se ahoga internamente sino que encuentra salida en pequeñas pero frecuentes demostraciones de envidia y despreocupación. No hay pasión verdadera en el costarricense, no se le quema el alma en el tormento y en la inquietud, no zozobra en las dudas y en las reflexiones, no sale a la caza de preocupaciones, no se asombra siquiera de la poesía sin palabras contenida en las cosas más triviales del tiempo y de la naturaleza, tampoco se sumerge en empresas ambiciosas. Tiene horror a lo excesivo, se aclimata pronto en el término medio y no quiere que nada lo incomode. El "de por sí . . ." se ensambla a su espíritu con el grato recibimiento que da la tierra a la primera lluvia tras un largo verano.

Tipifica esta expresión el sentido de despreocupada comodidad que caracteriza a nuestro país, en donde las palabras de fervor, de patriotismo, de evangelio abundan sin penetrar en las conciencias. Pueblo frío en un trópico benevo-

lente, que arde en entusiasmos temporales, que contiene en un mismo rostro inexpresivo los visajes instantáneos de las dos caras de la risa y el llanto, y con pasar se contenta por que "de por sí . . ."

Si estas reflexiones llegan a la orilla de un pensador, la misión está cumplida.

Idiay:

"Nunca se llega a la madurez sin sobresaltos".
"Hay algo más triste que envejecer: es continuar siendo niño".

(Fiestas de Juan Goytisolo)

Dé esta expresión sólo cabe comentar el significado que tiene en nuestro medio, pues la ha hecho el costarricense al vivir el español como lengua adquirida a la par de una cultura y de una religión. Y quizás lo más importante de esta adquisición, sea la lengua en sí, pues ella conlleva cultura y religión. No en vano dice Bergson que "la tradición se apoya en el uso del lenguaje".

Dice don Carlos Gagini que "idiay" con signo de interrogación, es una expresión usadísima entre nosotros en los mismos casos en que los españoles exclaman "¿bien?", "¿y por fin?", "¿y luego?", para incitar a que se concluya lo que se estaba diciendo o haciendo. Además, señala que es una pronunciación vulgar del castellano "¿y de ahí?". Términos más o menos semejantes apunta a esa expresión el profesor Arturo Agüero.

El señalamiento es parcial porque sólo en determinados momentos el "idiay" es la muletilla que en el diálogo se esgrime para incitar a la continuación. Y en estos casos, viene a significar básicamente "¿y qué?". Es más, muchas veces bajo este significado el "Idiay" se sustituye por el "y qué". "Y qué pasó", "y qué sigue", "y qué respondió" y el "y qué" es la pregunta concreta que trata de que se continúe o termine el relato.

Franca mente, el "idiay" como sustituto del "y qué", sería casi inocuo en el lenguaje, vendría a representar el estímulo de la continuación en un gesto de curiosidad lógico, sería el "y" buscando la adición porque es necesaria para completar o terminar la percepción de un cuento.

La importancia del "idiay" va más allá y simboliza una actitud del costarricense. Es un desafío la mayoría de las veces y como desafío adquiere gran importancia en nuestro decir. No significa entonces el "y qué" como incitación a que se concluya un relato, viene a significar una puntualización de los hechos para introducir un reclamo. "Idiay", que no necesita la interrogación porque está implícita, es el sustituto de "¿qué le pasa conmigo?", "¿por qué me molesta?", "¿qué busca?". Así el costarricense, que es puntilloso y que su pacifismo acaba cuando alguien lo codea o lo molesta en alguna forma, se respinga y exclama el "idiay". En esta forma está reclamando, exigiendo sus derechos, defendiendo su propio acomodo. La expresión no busca continuidad, sino aclaración, se exige el punto sobre la i, la evidencia para actuar. Si la respuesta que se recibe es una disculpa, el "idiay" fue bien-

venido. Si el silencio viene o la burla o la contrarréplica agresiva, queda el campo abierto a los puños.

También es muy corriente que el costarricense con el "idiay", pregunte por sus intereses, consciente de que en ciertos momentos hay reparto en la vida, ya sea de alegrías o de penas. El "idiay" significa entonces "¿y yo qué?", o sea qué es para mí, cuánto se me ha destinado, qué tarea me corresponde, cómo he sido afectado o en qué forma se ha aludido a mí. El "idiay" en estas frases ya no viene a ser un desafío, ya no es la actitud respingona, se convierte en la indagación de lo propio, de lo que afecta. El costarricense sin esconder sus intereses pregunta por lo suyo. Podría interpretarse esta indagación como la versión "y de ahí qué para mí". Es decir, vuelve el "idiay" a su forma original, a aludir al ahí en la relación que tiene con el sujeto, el ahí pasa a ser la circunstancia, la cosa, la pregunta es qué es mío de ahí, el sentido de propiedad, la necesidad de tener. El ahí indaga cuál es la participación en el reparto.

Tenemos entonces que el "idiay" en pequeña parte es una incitación a la continuación del relato, para evidenciar la curiosidad siempre alerta del costarricense, su afición a los detalles, el deseo de acercarse al dominio del asunto a través de la versión fácil de otro, el gesto infantil de saltarse los preámbulos y llegar pronto a las conclusiones, la búsqueda del fin práctico, de los resultados. Para el costarricense no tiene importancia lo demás, no encuentra valor a los intermedios, desprecia las divagaciones, las dudas, el calvario de la debilidad, la convicción que viene del análisis, la mención de los puntos que se analizaron. El relieve lo adquiere el resultado escueto e independiente.

El "idiay" en este sentido demuestra la impaciencia por la hojarasca, por el rodeo, por el entretenimiento en las circunstancias y la demanda de la conclusión, el qué pasó en definitiva y cuáles son las consecuencias, es la interrupción nerviosa de "al grano".

Así el costarricense tiene posiciones diferentes cuando es relator y cuando es oyente. En la actitud primera se deleita en el rodeo, pesando las introducciones y los desvíos, desnudando los detalles, inquietando la atención del oyente, jugando con la curiosidad del interlocutor y complaciéndose en los "idiays" que va entremezclando el auditorio. Pero, en la posición de oyente la actitud es distinta, se quiere el acto final del asunto planteado sin las reverencias del intermedio, pareciera que se desea economizar el tiempo y dejar por inexistentes los preámbulos. Surge el costarricense pragmático cuando es el receptor del relato, el costarricense práctico al que interesan los hechos, el que mide la importancia a través de lo concreto, el que no se deja arrebatar por el sonido sino por el eco, el que demanda el resultado de la acción, el punto tangible, lo que se toca, se huele, se mide. El costarricense se entusiasma cuando es actor por las intenciones, pero cuando es espectador sólo se conmueve por los resultados. Esta contradicción entre actor y espectador, que tan bien condensa el "idiay", en el tono adiciónador del "y qué", demuestra el doble filo en la aspiración de nuestro hombre común, pues exige concreción práctica cuando recibe y espera comprensión y amplitud cuando le toca el turno de dar. Es mezquino en el juzgar y aspira generosidad cuando es juzgado, por eso es afín a gente que muestra dócilmente una aptitud especial hacia lo sugerente, cree con firmeza en la influencia, en el nombre, en lo aparente. Descansa en el menor es-

fuerzo de crédito porque tiende a exhibir el sacrificio hecho historia de un momento determinado de su vida, para respaldar en él su indolencia. El "yo hice" es más corriente que el "yo hago" o el "yo haré". La versión del pasado es la de un hecho práctico y seguro, la del presente es una incertidumbre que exige fe y la del futuro un sueño que obliga a soñar y amarga la sazón del momento.

Frente al dibujo utilitario del "idiay" compulsivo hacia el resultado, surge el otro como grito de desafío y muestra la disconformidad. Reacciona rápido el costarricense cuando es agredido en sus intereses o en su comodidad. Se despierta violento y está dispuesto a pelear, pero el "idiay" es un llamado al parlamento, a la explicación. Cree el costarricense en la palabra y es fácil verlo extraviado en su propio discurso. Prefiere explicarse a ser y se ha hecho experto en materia de explicaciones. En cada costarricense vive un abogado defensor de sus derechos, de sus equivocaciones y de sus aciertos. El punto de vista de cada quien en nuestro país, se expone con brillantez y en la pasión de las palabras se desahogan los malos pensamientos, se confirman las voluntades y se figuran las batallas pacíficas de dimes y diretes. Por medio de las palabras el costarricense se pinta autorretratos graciosos, se descongestiona, se hace lavados corporales y mentales. En el país tiene más importancia el decir que el hacer, el anunciar que el actuar. Como muestra de lo anterior, cabe ejemplificar que se inauguran obras sin terminar, aun sin empezar, porque es más importante el discurso, las palabras que destacan la obra que la obra en sí. En esas ocasiones, se olvidan los "idiays" del público y las palabras se valoran tan prácticas y eficaces como una realización en sí.

Y este "idiay" desafiante, con un tono encolerizado, se diluye ante la frase cortés de "perdone usted", "no fue mi intención", "he sentido molestarlo", "le ruego disculparme". El "idiay" esconde gustoso, como un perrito bravucón pero poco agresivo, el rabo entre las patas, y aquí no ha pasado nada. La paz no se ha alterado, las relaciones humanas no han sufrido, el respeto a la explicación — aún cuando sea una mera formalidad — vence cualquier gesto airado, esconde adentro cualquier rencor, pues se han cubierto las formalidades y el costarricense nuevamente formalista y superficial se conforta con la apariencia de la cortesía. Pero, si el "idiay" no motivó la explicación, el problema se agudiza y la violencia se convierte en una marea alta de palabrotas o de ademanes duros en un pleito callejero, que tratan de apaciguar, con cierta complacencia de que se avive, los pacíficos mirones.

El "idiay", además del pedido de explicaciones, es la solicitud a que se nos reconozca como personas, es la llamada de atención para que no se invadan o lastimen nuestros derechos. Y es que al costarricense le gusta que lo tengan en cuenta, lo consideren, lo mencionen, le otorguen los créditos que cree merecer, le den su lugar, no lo olviden. En nuestro ambiente es siempre una aspiración el "bombo" y más de uno resuelve esa necesidad por medio de un sistema de "autobombo". Nuestros don Juanes no se dedican a la conquista y colección de mujeres, sino a la recolecta de opiniones favorables a sus personalidades, a la victoria en el campo de las simpatías y al difícil arte de ser agradable a todos. Esta tendencia "donjuanesca" da origen al palanganeo, que evade el caer mal a la gente y tiende a ganar afectos por parte de los dos bandos que se disputan un asunto. Sin pronunciarse a fondo, el consultado encuentra fundamento en las razones alegadas por uno y otro litigante y su mayor anhelo es llegar a una resolu-

ción salomónica, que además de ser sabia complazca ambos intereses.

En nuestra democracia ganan en realidad las elecciones los que se abstienen de votar, los que han cogido el camino fácil de la neutralidad. Los neutrales, los del ejército del "ahí vamos", del "qué le vamos a hacer", del "a mí qué me importa" y "de por sí", afluyen con su indiferencia a desteñir la individualidad que aparentemente busca el costarricense y que acaba por representar un sitio cómodo en donde nada ni nadie moleste. Es una democracia de servilismo a la comodidad.

Pero, ese neutral exige el reconocimiento, la señal de su valor, la consideración de su caso, la ponderación de sus méritos, la mención de sus honores. El "idiay", ya con signos implícitos de admiración, es el aviso del peligro que corren los historiadores al omitir un nombre, es el terror que se siente en los homenajes al olvido de una persona en la placa conmemorativa, es la mención infinita de los fulanos y los zutanos en la relación de un acto, es el recuerdo impreso en el abuelo figurón, es el menú de los alegatos interminables por un reconocimiento. Se busca el distinguirse por el simple ejercicio de figurar. Los neutrales, ajenos y reservados en la hora del conflicto, procuradores del quedar bien, exigen su puesto en la historia. Mediante el "idiay", o sea "el yo qué", se aspira al aprecio, a la comprensión sincera y amplia, y es más, se busca la admiración. Si bien nada merece admirarse o asombrarse, dentro del pacifismo conformista y el alejamiento al embate público a que se tiende, el costarricense enramado y retorcido en la exportación de sus explicaciones, exige para sí la evidencia de la importancia a través del reconocimiento por parte de los otros, que espera surja tan espontáneo como la inteligencia en un rostro de rasgos griegos.

Y si el costarricense ha adoptado por hacerse una historia en forma activa, el "idiay" es más exigente, se convierte en una demanda imperiosa y el cuidado de la figuración del nombre, bien lustrado y bajo la calificación de elegantes adjetivos, sacia el deseo de trascendencia e inmortalidad que no tiene largo vuelo en él, pues confunde la aceptación simpática con el valor innato, la impresión con la esencia, la publicidad anecdótica con el merecimiento permanente. Prefiere brillar en el dicho oportunista, pero seguro y risueño, que pasar como una figura contradictoria y polémica. Tenemos una generación de aspirantes a Ricardos Jiménez, que le han buscado punta al lenguaje sin la gracia y la sabiduría popular del expresidente, y sólo han logrado maltratar nuestro idioma y herir con el choteo el crecimiento espiritual de nuestro pueblo.

El costarricense aspira que el pasaje a la historia sea un camino plácido, como si se tratara de un álbum familiar en donde quedan registrados los acontecimientos íntimos con el disimulo de una ternura alcahueta.

El "idiay", como llamada de atención hacia sí mismo, no sale del círculo egoísta y cómodo en que se entrapan los costarricenses en una monotonía que los va durmiendo plácidamente, siempre dentro del concepto de propiedad personal intocable, en donde no se quiere la perturbación del riesgo, menos aún la dificultad de poner en entredicho su valor y su individualidad, ésta última figurada en la máscara del irresponsable desapego a lo humano. Y cuando despierta de esta modorra, con la sed del "idiay", viene a exigir el tenue cal-

mante de un aprecio con miles de figuras falsas que tienen un fatuo uso en el brillo del nombre. El "idiay" no busca una respuesta con verdad, sino un simple movimiento de "sobalevas", bajo el efecto de creerse calificado con justicia y gozar del reconocimiento como hecho concesivo y gracioso, que es merecido por sí y ante sí. Sucede como si frente al temor del qué dirán, hubiera seguridad de que dicen bien, la opinión no es mala, por el contrario es buena, y con la creencia de esos comentarios la inquietud de inmortalidad que apasiona a los pueblos y los pone en el difícil trance de ganarla, se apacigua con el candor del niño pobre que distrae y hasta olvida su hambre con una botella de agua. La leche, la buena leche de este país, médula necesaria para ser, tiende a disfrazarse de agua, ni siquiera de agua pura, teñida con el blancuzco engañoso del blanco.

Es así como creo que el "idiay" se excede del sentido consignado en los diccionarios de costarrriqueñismos, y el pensador a quien busca encontrará otras muchas profundidades y vértices al usadísimo término que salpica todas nuestras conversaciones. Se me ocurre, ya al final de este intento de ensayo, que el "idiay" también significa una explicación tácita de una actitud, una disculpa no evasiva sino de cierta resignación consoladora, para representar el "qué iba a hacer yo" o "qué quiere que haga, si no tengo capacidad, si mi suerte es mala, si..." Un reconocimiento de capacidades limitadas o una aceptación al fatalismo, un rendimiento fácil con una disculpa lista a disculpar, una modalidad del "así somos, qué le vamos a hacer".

Final:

"... la gente vulgar es en todos los momentos la llave y el punto esencial en la cadena de asuntos humanos: si la suprimimos se pierde toda posibilidad de verdad".

(El Idiota de Fedor Dostoievski)

Conformismo hay en el "ahí vamos" y pretensión de ir con el ritmo del mundo, en un movimiento sin meta, que representa la mejor figura del estatismo. Y no se llega a través del sujeto plural del nosotros a la humanidad, la figura es tan dispersa como una fotografía de multitudes. El nosotros en nuestro medio es el pequeño grupo, el grupo de los míos. Cuando desaparece la relación personal y propietaria, decae el interés y los conceptos más aprendidos quedan vacíos, no hay patria ni patriotismo, no hay obligación cívica ni civismo; la relación personal y propietaria se trata de mantener como un signo de vida para narcotizar el pavor ante la muerte. Así aparece el gozo de permanecer y conservarse como momias sin historia, no de existir y de ser en una dimensión humana.

Conformismo también se expresa en el "qué le vamos a hacer", abarcando la proyección de la vida en sí y sus pequeños resultados. El conformismo se agudiza hasta llegar al tono de lo fatal, pues no admite excepción, es el acto resignado en la pureza de aceptar la reducción, el campo cada vez más estrecho y la muerte por inercia encuentra las puertas abiertas a una realidad idealizada en el menor esfuerzo, en la mínima

preocupación y en el máximo de comodidad. No hay oportunidad para los sueños, salvo el plácido de conservarse. No hay lugar para la inquietud, todo debe transformarse rápidamente en algo útil que dé pronto utilidades. Triste es nuestro pueblo pues llega a la muerte con sólo su miedo, sin siquiera una esperanza de inmortalidad. Vacía está su alma al espíritu religioso, vacía al sentimiento asceta o al pagano. Sin Dios, sin dioses, transformados los valores en gotas brillantes de nada a las que se aferran las manos para no caer ni en la alegría ni en el dolor, horrorizados frente al temor de un posible naufragio, nuestro pueblo flota en el no hacer, no vivir, no comoverse, no creer. Frívolo y superficial prefiere consolarse como un niño mimado porque no tiene nada, nunca ha tenido nada, pero sigue siendo una promesa, sigue viendo un futuro que no alcanza, una edad madura que rehusa o disfraza con gestos infantiles.

Ese panorama de conformismo estático, de resignación cómoda, de perenne estado de consuelo por falta de valores y de conciencia humana, trae consigo el individualismo anárquico que expresa el "a mí qué me importa". Ese individualismo que no alimenta personalidades ni seres individuales, sino que da bloques de egoísmo anárquico, unidos únicamente por los deseos iguales de una libertad irresponsable, carente de contenido, y la pretendida ignorancia de la realidad del país. Para esconderse en esta forma, nuestro pueblo tiende a menoscabar su sensibilidad, a engañarse con las apariencias y a confirmar su virilidad con la negación de sus propios valores humanos.

¡Qué fácil es dentro de estas condiciones el bálsamo de la propia lástima! Y para que no sea un sentimiento espontáneo, se justifica con rapidez por medio del "de por sí..." Nuestro pueblo llena de pretextos sus acciones, disculpa de antemano las derrotas a que no se atreve a llegar, evade el aprendizaje y el crecimiento a través del esfuerzo y del sufrir, y se queda sosteniendo en el aire su deseo de una vida fácil y dulce, que día con día se va convirtiendo en un espectro; un espectro amargo ante el cual el único recurso es mimarse un poco, seguir jugando a una realidad cada vez más antojadiza, disfrazar en suerte los acontecimientos, refugiarse ante lo grande en las pequeñas gradas de lo mezquino y de la envidia, envalentonarse tontamente con los "de por sí..." y quedar en la rutina de los gestos y decires como un pueblo inexpresivo.

Frente a todo esto no queda otra alternativa que el "idiay", porque si bien nuestro pueblo es conforme y se complace en el estatismo, tiene un miedo que trata de dormir y de ignorar, se establece cómodamente en un orden de no importancias y se encierra en el fatalismo despreciativo de lo irremediable, busca por todos los medios el reconocimiento aparente, el cumplir con formalidades figurativas y se embriaga en las explicaciones que le den significado. En la red de la palabra como sonido, busca la voz del nombre y la repetición constante de sus hazañas. En el nuevo perfil que trae la palabra escrita, la dimensión que ambiciona es larga y tupida, es la figuración que no requiere raíces y sí aspavientos, cristales de colores, títulos, menciones, heroicidades de papel. "Idiay" representa la capilla en que figuras, figuritas y figurones, ante el vacío de sus vidas, se embelesan en los contornos y acaban por ser adoradores de la propia tontería. Pretenden llegar a la inmortalidad sin agonizar.

EN ESTE NUMERO

Isaac Felipe Azofeifa

El lector verá que este número está referido muy particularmente al área cultural centroamericana. Dentro de esta zona, el aporte de varios colaboradores costarricenses. Vamos a procurar ir ordenando los materiales de acuerdo con esta idea: poco a poco, irá **Repertorio Americano**, en esta nueva etapa de su vida, recorriendo el ámbito cultural americano, enriquecido ahora por la presencia de las nuevas naciones del Caribe.

¡Si pudiésemos nosotros lograr más abundante colaboración desde tantos pueblos y países que están esperando hacerse conocer, alzarse por sobre el hombro de los más grandes, y establecer su presencia en nuestro mundo! Desdichadamente, están faltando los medios, las instituciones, las decisiones políticas de nuestros gobiernos americanos. La **Casa de las Américas**, de La Habana, Cuba, está haciendo enorme trabajo,

ciertamente. Este ejemplo debiera repartirse: Una **Casa de las Américas** en cada uno de nuestros países, por lo menos en cada uno de los más grandes: México, Venezuela, Colombia, por ejemplo.

Porque es vergonzoso ver cómo hacen alianza fácil los hombres de armas en nuestro Continente; cómo juntan luego, luego, su experiencia de carniceros algunos gobiernos militares para experimentar, comprobar sus métodos de opresión. Nuestra América está en el borde de convertirse en Continente de la Anticultura.

Repertorio Americano quiere mantener y desenvolver con nuevos enfoques editoriales el propósito inicial de Andrés Bello y Joaquín García Monge: sus fundadores: seguir alzando bandera de unidad y de libertad en nuestra dividida y oprimida América.

CINCO TEMAS EN BUSCA DE UN PENSADOR

"Nosotros . . . los compuestos de muchas cosas diversas . . . nosotros toda la vida, todo el arte, todos los huérfanos y dispersos . . . un todo errabundo y caprichoso, pero en cierto modo unificado".

(Diario de Virginia Woolf)

Nuestros problemas son problemas de raíces, de saneamiento espiritual, de vigor interno, de motivación humana. Es necesario un despertar violento para cambiar rotundamente los valores que en la actualidad nos aprisionan y no nos dejan ser. Se requiere cortar la maraña que nos ha invadido, poco a poco pero constantemente. La democracia misma en Costa Rica se balancea hacia la demagogia. La religión se ha convertido en una pose fácil que no responde a actos y a sentimientos, es un título, una clave de aceptación social, un giro hacia el bien valorado como utilitario. Envuelto en la pretensión de importar, de adquirir, de comprar las cosas, nuestro pueblo hace descansar sus valores en el poder del consumo y el consumo en sí es la exhibición de bienes tangibles. Ya no hay satisfacción interna, existe lo externo que se demuestra y se evidencia escondiendo la pobreza del rincón en donde las raíces tropiezan con un campo mezquino, en el de la propia vergüenza a reconocerse como algo que debe sustentarse lentamente antes de crecer. Nuestro pueblo se ha incorporado con rapidez, ha adquirido los hábitos sin pensar si los quiere o los necesita, ha hecho costumbre la cultura sin vivirla, se ha puesto los adornos sin preocuparse por la semilla, se ha apresurado a seleccionar lo visible sin reparar en lo medular, se ha vestido de lo mundano sin conocer las profundidades del humanismo.

Cualquier sacudida en el campo político, económico, so-

cial, cultural, educativo, religioso, humano, inquieta profundamente, pues pasada la hojarasca de lo vistoso, de lo que se exhibe, de lo que se cubre con explicaciones y pretextos, es fácil encontrar una falta completa de valores, de direcciones, de actitudes sinceras y de empeños verdaderos.

Este análisis de cinco expresiones populares tiene un fácil calificativo: el de un pesimismo acentuado. Sólo cabe preguntarse si ante el panorama real de nuestro pueblo, conviene seguir exaltando virtudes que no existen, y quizás nunca existieron por ausencia de un contraste de razas y de una verdadera épica ciudadana, para continuar evadiéndonos en la gracia de las palabras, siempre bienvenidas cuando se trata de apologías.

"Cuántos sucumben a los enigmas por creerlos materia de sutil examen, por contestar con palabras a la obra de la palabra".

(Los Reyes de Julio Cortázar)

Cinco temas buscan a un pensador. Cinco temas desperdigados en conversaciones y en actitudes. Cinco expresiones que no deben convertirse en ruidos. Cinco incógnitas de los gestos y de las posiciones ante la vida, que se esconden entre las palabras, no se escriben sino que se dicen, afluyen del silencio a la reflexión de los tonos, que dentro de las voces van dilatando la vereda incierta hacia el conocimiento del hombre. Cinco puntos de desafío a un pensador, cinco temas que han ido complicándose y necesitan con urgencia un diagnóstico que nos alarme y el sometimiento a una terapia para sanear tanto aire nefasto empozado en nuestro ambiente.

NOTAS SOBRE LA MORFOFONOLOGIA VERBAL DEL ESPAÑOL DE COLORADO

Ronald Ross

1. Introducción

El montañoso estado de Colorado se encuentra en la parte sudoccidental de los Estados Unidos, región que cuenta con un elevado porcentaje de habitantes de habla hispana. A diferencia de otras regiones del país en donde el uso frecuente del idioma castellano es un fenómeno más o menos reciente, atribuible a la llegada de numerosos inmigrantes de otras nacionalidades, en el Suroeste estadounidense se habló español antes que inglés.

La ciudad de San Luis, primera colonia permanente en lo que hoy es Colorado, fue establecida en 1851 hacia el sur del Valle de San Luis, por hispanohablantes nuevomexicanos procedentes de Taos, Mora, Arroyo Seco y Arroyo Hondo. Alrededor de San Luis, en la Cuenca del río Culebra, se fundaron posteriormente los pueblos de San Pedro, San Pablo, San Francisco, San Acacio, Rito Seco y otros. Todavía hoy, más de un siglo después, la casi totalidad de los habitantes de esta región son de habla española, y todas las ciudades del estado de Colorado tienen importantes colonias de "mexico-americanos".

El español de Colorado, como dialecto rural y popular que es, presenta gran similitud con las modalidades rurales de otras latitudes. Es, hasta cierto punto, un dialecto arcaizante. Pero más notable — y más interesante — que su arcaísmo es la fisonomía peculiar que le ha imprimido su aislamiento y una evolución bastante libre de influencias reguladoras externas.

En el presente artículo nos concretaremos a hacer algunas observaciones respecto de ciertas características de orden morfofonológico que constituyen parte de esa fisonomía peculiar. Las diferencias abundan, y algunas son esporádicas y difíciles de definir en función de reglas morfofonológicas. Así pues, por el momento nos limitaremos a señalar las que afectan a la conjugación en general y los casos más importantes de alternancia vocálica. Al final del artículo aparece una breve tabla de sím-

bolos. De ahora en adelante utilizaremos las abreviaturas EC (español de Colorado) y EM (español modelo).

2. La adición de *e* paragógica

Entre las peculiaridades más notables de EC figura, sin duda, la propensión a añadir una *e* paragógica a toda palabra aguda terminada en consonante y seguida de pausa. Parece haberse incorporado a su gramática la siguiente regla facultativa:

(1) ADICION FACULTATIVA DE *e* PARAGOGICA, EC:

$$\phi \rightarrow e / \acute{V}C _ \parallel$$

Esta regla es aplicable de modo general a todas las palabras del dialecto, aunque algunas, por ejemplo las preposiciones, rara vez irían seguidas de pausa. Como sea, en el contexto de este breve estudio (1) nos interesa en la medida en que altera la morfofonología del verbo.

Existen numerosas formas verbales terminadas en consonante, pero las únicas en EC que son también agudas son los infinitivos y las formas monosílabas. La aplicación de (1) convierte, por ejemplo, **cantar**, **aprender**, **ir**, **vas**, **van**, **son**, etc., en **cantare**, **aprendere**, **ire**, **vase**, **vane** y **sone** respectivamente, siempre y cuando tales formas vayan seguidas de pausa.

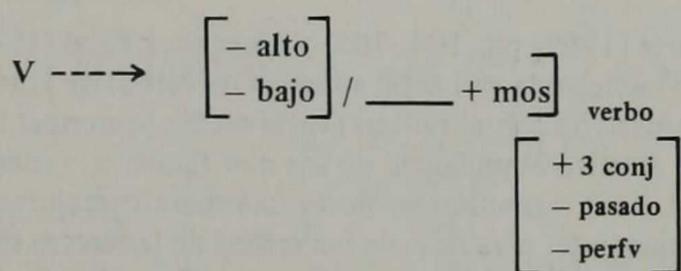
Harris (1969, pp. 50, 51), entre otros lingüistas, sostiene que en español las palabras agudas terminadas en consonante tienen una *e* final subyacente. Una regla fonológica, dice, suprime *e* después de consonantes dentales sonoras simples y en algunas otras circunstancias (**cantare** → **cantar**, **pane** → **pan**, **rede** → **red**), pero reaparece en el plural (**cantar** → **cantares**, **pan** → **panes**, **red** → **redes**). Esta regla es inoperante cuando la *e* va precedida de más de una consonante (**carne**—**car-**

nes, grande—grandes, torre—torres). De acuerdo con esta teoría podría argumentarse que la e final dialectal en EC no es paragógica, sino que en dicho dialecto la regla fonológica que suprime e ha sido modificada de tal manera que no funcione ante pausa. Sin embargo, resulta un tanto difícil explicar en función de la referida teoría casos como el de los verbos finitos (vase, vane, sone, etc.) para los que parece algo problemática la postulación de una e final subyacente.

3. Coalescencia de 2ª y 3ª conjugaciones

Abstracción hecha del infinitivo y de las formas derivadas de él, ha habido en EC una coalescencia de la segunda y tercera conjugaciones como consecuencia de haberse incorporado a la gramática del dialecto la regla (2).

(2) CAMBIO DE i POR e, EC:



Esta regla convierte i temática en e delante del morfema mos en el presente de indicativo de la tercera conjugación. **Aprendimos** y **corrimos**, por ejemplo, siguen intactos puesto que pertenecen a la segunda conjugación. Tampoco se modifican **escribimos**, **vivimos**, etc., cuando están empleados como pretéritos. Pero al funcionar como presentes, entonces sí se les aplica (2) convirtiéndolos en **escribemos** y **vivemos**. Por consiguiente, coinciden totalmente los paradigmas del presente de indicativo de las dos conjugaciones:

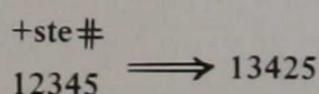
(3) 2ª conjugación		3ª conjugación	
aprendo	aprendemos	vivo	vivemos
aprendes		vives	
aprende	aprenden	vive	viven

Es evidente que (2) no solamente unifica los dos paradigmas, sino que también tiene la virtud de eliminar la ambigüedad temporal que en EM caracteriza formas como **vivimos**. En Colorado tales formas no se emplean sino con valor de pretéritos.

4. Pretérito perfecto

En EM el morfema indicador de persona y número tiene para la persona tú en el pretérito perfectivo la configuración **ste**. En EC esta configuración queda modificada de la siguiente manera:

(4) METÁTESIS de s, EC:



Como consecuencia de la operación de (4), las formas que corresponden a la persona tú en EC son **cantates**, **aprendites**, **vivites**, etc. Pareciera tratarse simplemente de una metátesis. Sin embargo, es interesante notar que en el lenguaje familiar e incluso semiculto de numerosas regiones hispánicas se **añade** una s a las formas de esta persona (presuntamente por analogía con **cantas**, **cantabas**, etc.): **cantastes**, **aprendistes**, **vivistes**, etc. Con base en lo anterior se podría argüir que las formas coloradenses no son el resultado de la metátesis de s, sino de la operación de dos reglas que se aplican sucesivamente: una que añade s a las formas de EM (**cantaste** -- \rightarrow **cantastes**) y otra que suprime la primera s por disimilación (**cantastes** -- \rightarrow **cantates**).

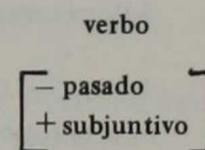
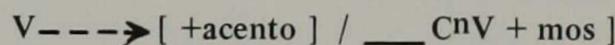
5. Modificación acentual en el subjuntivo

En el presente de subjuntivo de EM suele acentuarse la vocal radical en todas las formas menos en la correspondiente a la persona **nosotros** en la que se acentúa la vocal temática, como se puede apreciar en (5):

(5)	cánte	sorprénda
	cántes	sorprénda
	cánte	sorprénda
	cantémos	sorprendámos
	cánten	sorpréndan

La gramática de EC, en cambio, exige que se acentúe una misma vocal, la radical, en todas las formas del paradigma:

(6) TRASLADO DEL ACENTO, EC:

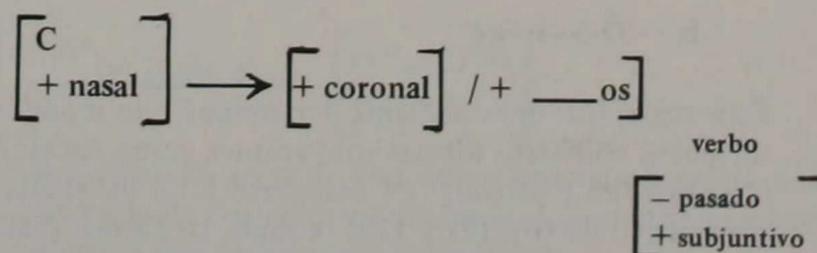


(La n superscrita indica que el número de consonantes, de cero en adelante, no influye en la regla). La aplicación de (6) traslada el acento en formas como **cantémos**, **sorprendámos**, etc., a la sílaba anterior: **cántemos**, **sorpréndamos**.

6. Coronalización de nasal

Es notable la similitud que presentan **cántemos**, **sorprendamos**, etc., con las formas del imperativo **cántenos** y **sorpréndanos**. Esta similitud puede ser responsable de la introducción de (7) en la gramática de EC:

(7) CORONALIZACION DE NASAL, EC:



La derivación de las formas dialectales, debidas a la acción sucesiva de (6) y (7), puede ilustrarse así:

(8) cant + e + mos	sorprend + a + mos
á	é
	(6)
n	n
(7)	(7)
cántenos	sorpréndanos

La sustitución de *m* por *n* en el presente de subjuntivo se propagaría por analogía a las restantes formas proparoxítonas de la persona **nosotros**, de suerte que **cantábamos**, **sorprendíamos**, **cantaríamos**, **sorprenderíamos**; **cantáramos**, **sorprenderíamos** quedan desplazados por **cantábanos**, **sorprenderíanos**, **cantaríanos**, **sorprenderíanos**; **cantáranos**, **sorprenderíanos**. Estas últimas formas nos plantean la necesidad de reformular (7) de tal manera que su aplicación no se restrinja a las formas del presente de subjuntivo, sino que opere asimismo sobre las demás formas acentuadas en la antepenúltima sílaba:

(9) CORONALIZACIÓN DE NASAL, EC:

$$\left[\begin{array}{c} C \\ + \text{nasal} \\ - \text{coronal} \end{array} \right] \dashrightarrow \left[+ \text{coronal} \right] / \left[\begin{array}{c} V \\ - \text{acento} \end{array} \right] + \text{os} \quad \text{verbo}$$

La regla (9) hace que la *m* del morfema **mos** se cambie por *n* en cualquier forma verbal en que vaya precedida de vocal átona, lo cual nos permite incluir las formas excluidas por (7).

7. Alternancias: 1ª y 2ª conjugaciones

Tanto en EM como en EC existen ciertas vocales *e* y *o* que se diptongan al encontrarse en posición tónica. Desde el punto de vista diacrónico, es bien sabido que se trata de *ě* y *ǒ* latinas. En el análisis sincrónico se dice que las vocales que alternan con diptongo tienen una representación subyacente diferente de la que tienen las vocales que no entran en alternancias de este tipo. En algunos manuales de fonología generativa se representan por medio de mayúsculas **E**, **O**. Harris (1969, p. 74) asigna a las vocales susceptibles de diptongación el rasgo *ad hoc* [+ D], de modo que [e, + D] = **E** y [o, + D] = **O**. La regla que determina la diptongación en español puede formularse inicialmente de la siguiente manera:

(10) DIPTONGACIÓN

- a. $\acute{E} \dashrightarrow yé$
 b. $\acute{O} \dashrightarrow wé$

Esta regla, que más adelante tendremos que modificar un poco, convierte formas subyacentes como /pOdo/ y /despErto/ en [pwédo] y [despyérto]. En EC el efecto cumulativo de (6), (9) y (10) produce las formas dialectales [pwédanos] y [despyértenos] cuya derivación puede apreciarse en (11):

tales [pwédanos] y [despyértenos] cuya derivación puede apreciarse en (11):

(11) pOd + a + mos	despErt + e + mos
Ó	É
	(6)
wé	yé
	(10)
n	n
(9)	(9)
pwédanos	despyértenos

8. Alternancias: 3ª conjugación

Harris (1969, pp. 104, 105) y Menéndez Pidal (1940, p. 273) señalan la casi total ausencia de verbos de la tercera conjugación con *o* radical (vocal media posterior) frente a la relativa abundancia de los que tienen *u* (vocal alta posterior). Lo anterior no es una mera casualidad. Históricamente, *o* radical de los verbos de la tercera se hace alta: **sofrir** > **sufrir**, **complir** > **cumplir**, **cobrir** > **cubrir**, **ordir** > **urdir**, **tollir** > **tullir**. (Cp., además, **recorrer** y **recurrir**). La elevación de *o* a *u* se debió presumiblemente a la influencia metafónica de *y* en la sílaba siguiente de algunas formas: **complyó** > **cumplyó**. Es de suponerse, pues, que las formas con *y* serían las primeras en modificar la altura de la vocal radical, y que posteriormente la tendencia se propagaría a las formas sin *y*.

Las excepciones son muy contadas, y algunas, según parece, lo son sólo aparentemente: **podrir**, **abolir**, **oír**, **dormir** y **morir**.

De estas cinco excepciones, casi pueden descartarse las tres primeras. En el caso de **podrir**, si bien algunos dialectos mantienen la *o* en el infinitivo y en el participio, la Real Academia consigna **puir** como forma preferida. No cabe duda, además, que para la gran mayoría de los hablantes las formas finitas y el gerundio tienen siempre *u*. **Abolir** es defectivo, y parece no haber absoluto acuerdo respecto de las formas que deben emplearse. En cuanto a **oír** se refiere, Harris (1969, p. 105) sugiere que lo más probable es que la raíz no sea /o-/, sino /awd-/ (cp. **audición**).

Quedarían, pues, **dormir** y **morir**, que presentan la alternancia *o* ~ *u* ~ *wé*. (Nótese que incluso estos dos verbos tienen *u* en muchas de sus formas a nivel de su representación fonética). Dada la presencia de *wé* en algunas formas, postulamos **O** como vocal radical subyacente de ambos verbos. Las condiciones en que ocurre el diptongo quedan explicadas, entonces, por (10b). Nos restaría, pues, referirnos a la alternancia *o* ~ *u* en posición átona. Si examinamos todo el paradigma, veremos que aparece *o* únicamente cuando la vocal de la sílaba siguiente (la vocal temática) es *i*. En todos los demás casos aparece *u*. Así pues, la distribución de *o* ~ *u* ~ *wé* parece ser la que sigue (Harris, 1969, p. 107):

(12) Posición tónica: wé

$$\text{Posición átona: } \left\{ \begin{array}{l} \text{o} / \text{--- Cn}_i \\ \text{u} \end{array} \right\}$$

Hemos dicho que en EM o radical se hace alta (es decir, se convierte en u) en los verbos de la tercera conjugación y que existen unas cinco excepciones algunas de las cuales son bastante dudosas. En Colorado se ha tendido a reducir aún más el número de excepciones. Oír definitivamente tiene que descartarse como excepción en EC, puesto que se ha pasado a la segunda conjugación (no se dice oír, sino oyer). Por lo que respecta a dormir y morir, se ha eliminado o de la triple alternancia que caracteriza a estos verbos en EM, quedando la alternancia u ~ wé. Para los referidos verbos postulamos, entonces, la regla (13):

(13) ALTERNANCIA u wé, EC:

$$\text{O} \text{---} \rightarrow \left\{ \begin{array}{l} \text{wé} / \left[\begin{array}{l} \text{---} \\ \text{+ acento} \end{array} \right] \\ \text{u} \end{array} \right\} \begin{array}{l} \text{a.} \\ \text{b. regla menor} \end{array}$$

Como se puede ver, en Colorado no tiene importancia la vocal de la sílaba siguiente, sino que la alternancia está determinada totalmente por el acento. El paradigma completo de estos verbos queda así:

(14) INFINITIVO PARTICIPIO GERUNDIO
d[u]rmir d[u]rmído d[u]rmiéndo

PRESENTE

INDICATIVO		SUBJUNTIVO	
d[wé]rmo	d[u]rmímos	d[wé]rma	d[wé]rmanos
d[wé]rmes		d[wé]rmas	
d[wé]rme	d[we]rmen	d[wé]rma	d[wé]rman

PRETERITO IMPERFECTO

INDICATIVO		SUBJUNTIVO	
d[u]rmía	d[u]rmíanos	d[u]rmiéra	d[u]rmiéranos
d[u]rmías		d[u]rmiéras	
d[u]rmía	d[u]rmían	d[u]rmiéra	d[u]rmiéran

PRETERITO PERFECTO

d[u]rmí	d[u]rmímos
d[u]rmítes	
d[u]rmió	d[u]rmiéron

La tendencia a hacer alta la vocal radical de los verbos de la tercera conjugación se extiende también a las vocales anteriores. Si examinamos los verbos cuya vocal radical es anterior, veremos que en un elevado porcentaje de los casos dicha vocal es i: escribir, vivir, restringir, exigir, admitir, prohibir, permitir, etc. Luego descubriremos que, a excepción de convergir, divergir y sumergir,

los verbos que tienen e radical la elevan a i en algunas de sus formas (Real Academia Española, 1974, p. 312). Hay dos tipos de alternancias en EM: e ~ i y e ~ i ~ ye.

Veamos primero los verbos que en EM presentan la alternancia e ~ i (pedir, medir, seguir, reír, etc). Tienen estos verbos una i radical en todas las formas menos en las que aparece i en la sílaba siguiente. La distribución de e ~ i sería, entonces, la que figura a continuación:

$$(15) \left\{ \begin{array}{l} \text{e} / \text{--- Cn}_i \\ \text{i} \end{array} \right\}$$

En Colorado estos verbos han seguido el ejemplo de los que antiguamente tenían la alternancia o u, es decir, la vocal radical se hace alta en todas las formas cualquiera que sea la vocal de la sílaba siguiente. Así pues, desaparece la alternancia, quedando i como vocal radical única.

(16) INFINITIVO PARTICIPIO GERUNDIO

p[i]dír p[i]dído p[i]diéndo

PRESENTE

INDICATIVO		SUBJUNTIVO	
p[í]do	p[i]démós	p[í]da	p[í]danos
p[í]des		p[í]das	
p[í]de	p[í]den	p[í]da	p[í]dan

PRETERITO IMPERFECTO

INDICATIVO		SUBJUNTIVO	
p[i]día	p[i]díanos	p[i]diéra	p[i]diéranos
p[i]días		p[i]diéras	
p[i]día	p[i]dían	p[i]diéra	p[i]diéran

PRETERITO PERFECTO

p[i]dí	p[i]dímos
p[i]dítes	
p[i]dió	p[i]diéron

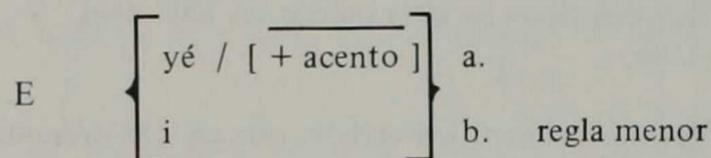
Volvamos ahora nuestra atención hacia los verbos en EM en que alternan e ~ i ~ yé (arrepentirse, mentir, sentir, convertir, divertir, herir, diferir, etc.). Esta triple alternancia es perfectamente paralela a la de dormir y morir. Las formas diptongadas quedarían explicadas por (10a) y la distribución de e ~ i es idéntica a la de o ~ u en (12):

(17) Posición tónica: yé

$$\text{Posición átona: } \left\{ \begin{array}{l} \text{e} / \text{--- Cn}_i \\ \text{i} \end{array} \right\}$$

En Colorado estos verbos sufren una modificación análoga a la de dormir y morir: la alternancia triple se hace doble al desaparecer e del paradigma:

(18) ALTERNANCIA $i \sim yé$, EC:



Incorporada (18) a la gramática de EC, estos verbos se conjugan de la siguiente manera:

(19) INFINITIVO	PARTICIPIO	GERUNDIO
s[i]ntír	s[i]ntído	s[i]ntiénd

PRESENTE

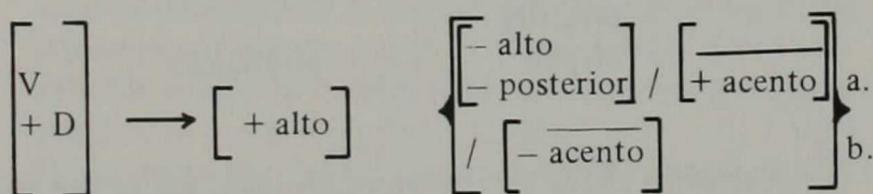
INDICATIVO		SUBJUNTIVO	
s[yé]nto	s[i]ntémos	s[yé]nta	s[yé]ntanos
s[yé]ntes		s[yé]ntas	
s[yé]nte	s[yé]nten	s[yé]nta	s[yé]ntan

PRETERITO IMPERFECTO

INDICATIVO		SUBJUNTIVO	
s[i]ntía	s[i]ntíanos	s[i]ntiera	s[i]ntiéranos
s[i]ntías		s[i]ntieras	
s[i]ntía	s[i]ntían	s[i]ntiera	s[i]ntieran

Es claro que la alternancia expresada por (13) y la que se formula en (18) constituyen, en realidad, un mismo fenómeno. En ambos casos una vocal media se hace alta en posición átona y se diptonga en posición tónica. En ambos casos el elemento silábico del diptongo es e y en ambos casos el elemento no silábico coincide en posterioridad con la vocal original. Siendo esto así, nos gustaría combinar en alguna forma las dos reglas para tener una sola que fuera más general. Mucho se ha discutido sobre las restricciones que deben imponerse a la combinación de reglas, y todavía no existe un acuerdo absoluto, pero nos parece que (13) y (18) podrían formularse más o menos como en (20):

(20) ALTERNANCIAS DE LA TERCERA CONJUGACION, EC:



Comparemos ahora las posibilidades vocálicas de la tercera conjugación en EM y EC. (Como hasta ahora, se hará caso omiso de a, que, si bien suele incluirse entre las vocales posteriores, no participa en las alternancias de las que venimos hablando).

(21) Vocales Anteriores Vocales Posteriores

Español Modelo

i	:	escribir	u	:	sufrir
e ~ i ~ yé:		sentir	o ~ u ~ wé:		dormir
e ~ i	:	pedir			

Español de Colorado

i	:	escribir, pedir	u	:	sufrir
i ~ yé	:	sentir	u ~ wé	:	dormir

Se ve que el sistema de EC es más sencillo: se ha eliminado la alternancia $e \sim i$, las alternancias triples se han hecho dobles y no aparecen las vocales medias e y o. El sistema coloradense es totalmente simétrico. En EM las vocales anteriores han mantenido la alternancia $e \sim i$, mientras que las posteriores perdieron hace mucho la alternancia análoga $o \sim u$. En EC han desaparecido las dos, por lo que parece evidente que dicho dialecto simplemente ha llevado un poco más lejos una tendencia que ha sido general en la lengua.

TABLA DE SIMBOLOS

- > Se convierte en . . . El elemento que se modifica aparece a la izquierda de la flechita y el resultado a la derecha.
- / En el siguiente contexto. Separa el resto de la regla del contexto en que ocurre el cambio.
- En el contexto, indica el lugar exacto en donde ocurre el cambio expresado por la regla.
- + , — Indica la presencia o ausencia (respectivamente) del rasgo junto al cual aparecen.
- + Límite de morfema.
- # Límite de palabra.
- || Pausa.
- ϕ Cero, nada.
- { } Entre llaves aparecen dos o más alternativas.
- C Consonante.
- V Vocal
- EM Español modelo
- EC Español de Colorado

BIBLIOGRAFIA

HARRIS, James W. *Spanish Phonology*. Cambridge: The M. I. T. Press, 1969.

—. "Aspectos del consonantismo español" en Contreras, Heles (compilador). *Los fundamentos de la gramática transformacional*. Siglo Veintiuno Editores, S. A., México, 1971.

MENENDEZ PIDAL, Ramón. *Manual de gramática histórica española*. Espasa-Calpe S. A., Madrid, 1940.

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA. *Esbozo de una nueva gramática de la lengua española*. Espasa - Calpe, S. A., Madrid, 1974.

SHANE, Sanford A. *Generative Phonology*. Prentice-Hall, Inc., Englewood Cliffs, New Jersey, 1973.

LA COMPOSICION Y ANGUSTIA EXISTENCIAL DE LA BUROCRACIA COSTARRICENSE (*)

German Vargas Alfaro

La composición de la burocracia costarricense.**

La gestión pública del Estado costarricense se ejerce por medio de tres poderes, el Ejecutivo, el Legislativo y el Judicial, además por un Organismo Judicial, con rango de poder, y 194 instituciones autónomas y semiautónomas, incluidas en éstas las juntas de protección social y las 79 municipalidades del país.

La composición burocrática de cada uno de estos organismos es la siguiente:

Poder Legislativo	444 empleados
Poder Ejecutivo	44.449 empleados
Poder Judicial	1.534 empleados
Organismo Electoral	541 empleados
Instituciones Autónomas (aproximadamente)	48.000 empleados
Total de la burocracia gubernamental	94.968 empleados

Los 44.449 empleados del Poder Ejecutivo se descomponen aproximadamente así:

22.000 empleados docentes
12.000 empleados administrativos
10.449 empleados excluidos del Régimen de Servicio Civil.

De conformidad con esto, el 23 por ciento de la burocracia costarricense está integrado por docentes.

Los 12.000 empleados administrativos del Poder Ejecutivo se distribuyen en 645 clases de puestos, que incluyen 82 especialidades de conocimientos. El 13 por ciento (1.586) está constituido por personal de secretaría, encargado predominantemente del papeleo que exige los distintos trámites administrativos.

Si redondeáramos la cifra total de la burocracia costarricense a 95.000 empleados y la de la población del país a 1.900.000 (1.861.780, según el Censo de 1973), podría afirmarse que en Costa Rica hay 1 burócrata por cada 20 habitantes.

Dentro de esta burocracia existe una tipología de funcionarios propiamente administrativos, entiéndese por éstos aquellos cuyo trabajo se caracteriza, fundamentalmente, por el planeamiento y dirección del trabajo de otros. Cuéntanse entre éstos, de mayor a menor jerarquía: Gerente, Director General, Director Alterno, Subgerente, Subdirector, Jefe, Subjefe, Administrador, Subadministrador, Supervisor, Inspector, Encargado, Mandador y Capataz.

El nivel de Gerente es exclusivamente de nombramiento político; el de Director General, por lo común es de carrera, pero constituye el grado jerárquico en el que concluye la jerarquía burocrática y empieza la jerarquía política. Este es, en consecuencia, un puesto "crítico", en el sentido de que en él convergen la presión "partidista" de la jerarquía política y la de "racionalidad técnica" de la jerarquía burocrática.

El carácter crítico de este puesto es más notorio en sectores de la administración que son "áreas sensibles" para un gobierno, tales como administración de personal y otras. La estabilidad del funcionario en ellos, depende más del comportamiento político o técnico que él adopte que de la naturaleza de su nombramiento. Si él se inclina por el primero con sacrificio de la técnica, tiene muchas posibilidades de sobrevivir los cambios de gobierno; si por lo contrario, adopta el criterio técnico exclusivamente, muy a menudo no alcanza a completar ni el período del gobierno en el que fue nombrado.

Generalmente se observa en los funcionarios que ocupan este nivel jerárquico, una tendencia a la politización de comportamiento. Esto confirma que la adecuada relación entre política y administración, aún no se ha encontrado.

Los efectos psicológicos de la burocracia

Podría afirmarse que no existe un grupo social que goce de tanta antipatía pública como la burocracia. En los últimos tiempos, la animadversión del ciudadano hacia ella, ha superado la tradicional actitud crítica que ha existido contra el comerciante. A la burocracia se le ha tenido como una clase privilegiada, casi como una heredera de la aristocracia.

Sin embargo, casi ningún burócrata ha logrado alcanzar fama; escasos han sido los que han acumulado riqueza, y menos los que han atesorado una vasta cultura. Si esto es así, ¿en qué reside el privilegio de la burocracia?

El comerciante, que también goza de antipatía pública — según se ha dicho — es una persona que goza de amplia libertad de ejecución de su iniciativa, capitaliza su esfuerzo y acumula riqueza con la cual llega a poseer influencia política y hasta mejorar su status social.

En este aparte, y siguiendo una visión interna de la burocracia — esto es, examinando la burocracia desde ella misma —, se tratará de mostrar que ésta padece, contrario a las visiones externas que la consideran un "mundo feliz", lo que podría llamarse la "angustia existencial".

* Separata de la Tesis de Grado El Lenguaje Administrativo.

** Datos de octubre de 1975 obtenidos en el Departamento de Investigación y Programación y el Programa de Adiestramiento para el Reclutamiento de la Dirección General de Servicio Civil. No se incluye la burocracia política: diputados, ministros, etc.

El burócrata, en cambio, tiene un campo de iniciativa muy restringido: todo está escrito y prescrito para él. El no puede ni debe capitalizar su esfuerzo en provecho propio, y la influencia intelectual que puede ejercer sobre el político gracias a su "conocimiento de servicio" — como lo llama Weber —, apenas le sirve para conservar su puesto, de donde el máximo beneficio que llega a disfrutar durante su desempeño, es lo que podría llamarse el "ocio improductivo": holgura y ociosidad que le permite la morosidad de las gestiones burocráticas y la ausencia de medidas de eficiencia.

Para comprender mejor esta angustia existencial del burócrata, es necesario analizar los factores que limitan la acción burocrática.

En primer término, el político — a quien no se le exige ningún crédito intelectual previo a su elección — busca desesperadamente apoyo popular; y como el Estado moderno tiende a ser paternalista, él encuentra muy consecuente y oportuno ofrecer al pueblo el oro y el moro, y como éste tiene mala memoria y grandes necesidades, es arrastrado por una propaganda emotiva y pasional. Finalmente, el político logra alcanzar su posición política, cuya responsabilidad consiste en velar por el "bien común" que debe gestar el Estado.

Pero a partir de este momento, él posee independencia total respecto de sus electores y demás ciudadanos; y éstos no tienen ningún medio para exigirle el cumplimiento de sus compromisos, ni para destituirlo, pues él goza de inamovilidad a plazo fijo y de inmunidad.

Como el político tiene que servir a su partido y a su patria, en su ejercicio político le da prioridad al "bien partidista", aparentando, en todo momento, que no descuida el "bien común". Y aquí se produce lo que Peter Blau llama "El desplazamiento de metas"⁽¹⁾, que consiste en que un valor instrumental (el partido político) se convierte en un valor final (el bien común).

Conforme el político va decretando los objetivos, corresponde al burócrata desarrollarlos, pero en algunos casos aquél carece de objetivos claros acerca de la forma cómo ha de ejercerse el gobierno. En corroboración de esto, hace poco decía el Dr. Oscar Arias Sánchez, Ministro de Planificación:

"En muchas ocasiones los funcionarios públicos no tienen objetivos claros porque tampoco los tienen los gobiernos. En tanto no exista una política definida, el funcionario público estará cohibido para actuar". ⁽²⁾

Al tomar conciencia la burocracia de este rebajamiento del interés común que ha hecho el político, se encuentra indecisa entre adoptar la "resistencia pacífica" o la "ejecución servil". Generalmente se inclina por la segunda alternativa, pues de hacerlo por la primera vería afectado su futuro burocrático.

Por otra parte, como afirma Ludwig von Mises:

"Su deber y su virtud son la obediencia". ⁽³⁾

Y, por otra parte, como señala Fritz Morstein:

"El problema consiste en determinar quién sea el 'patrono' al cual se sirve: el superior inmediato, el público, la nación, el bien común, el gobierno, un régimen político". ⁽⁴⁾

Como el desarrollo de estos objetivos estatales implica numerosos trámites y acciones administrativas, rigurosamente prescritos por las leyes y reglamentos que han establecido los mismos políticos, el cumplimiento de los mismos se realiza en forma morosa, no tanto por culpa de la voluntad del funcionario como por la estructura del sistema, con lo cual, al fin de cuentas, el público recibe un servicio "viciado" y tardío, del cual acusa exclusivamente a la burocracia.

En apoyo de esto dice Ludwig von Mises:

"Quienes critican a la burocracia cometen el error de dirigir sus ataques contra un sistema solamente y no contra la raíz del mal. No distinguen si los innumerables decretos que regimentan cada aspecto de las actividades económicas de los ciudadanos se derivan directamente de una ley votada por el Congreso o de una Comisión o Departamento gubernamental al que se ha conferido la facultad mediante una ley y la consiguiente asignación de fondos". ⁽⁵⁾

Desde otro punto de vista, la gestación del bien común a veces parte de la

burocracia. Esta estudia "técnicamente" un problema y presenta una solución racional, pero el político la desecha porque no es política; esto es, porque afecta determinados intereses que él se comprometió a resguardar. Por esta razón, en los archivos del Servicio Público existen proyectos, programas y planes que contienen buenas y racionales intenciones, si se juzga desde el bien común, pero que resultan políticamente irracionales. Y por esto mismo, el político los ha sustituido por ocurrencias espontáneas, generalmente más costosas y de alcance temporario, pero más oportunistas.

En apoyo de esto decía un alto funcionario de la Oficina de Planificación, que éstas estaban de "capa caída" en América Latina; que, para lograr alguna eficacia, en algunos países se había tenido que recurrir al expediente de repartir los proyectos entre las fracciones legislativas para que éstas los presentaran como "tesis de partido", de modo de poder conseguir finalmente que fueran aprobados algunos.

Al término del período de gobierno, el político se percata de su ineficacia política propiamente dicha y de su eficiencia electorero — partidista, con lo que ya tiene asegurado su futuro político, que constituye su objetivo prioritario. Y ante las quejas de los ciudadanos por su ineficacia, se justifica achacándosela a la burocracia.

La voluntad del burócrata, sus intenciones técnicas, racionales, coinciden más con el interés del ciudadano que con las intenciones del político. El obstáculo para llevar servicios eficientes y eficaces al ciudadano no lo constituye tanto el sistema burocrático que el político ha decretado, como la intromisión de los propios intereses electorero — partidistas en la gestión pública, la ausencia de una "ética política", de un "juego limpio", la carencia de una verdadera voluntad de desarrollo.

(1) P. M. Blau, *La Burocracia en la Sociedad Moderna*, p. 83.

(2) O. Arias Sánchez, "El Poder de la Burocracia" "III", *Excelsior*, jueves 27 de abril, 1975, p. 12.

(3) L. von Mises, *La Burocracia*, p. 19.

(4) En L. von Mises, op. cit., p. 77.

(5) L. von Mises, op. cit., p. 20.

En este contexto administrativo en que labora la burocracia, la creatividad e iniciativa del funcionario están restringidas por el reglamentismo y la jerarquía, pues conforme se asciende en la escala jerárquica el criterio político va desplazando al criterio técnico, y cualquier propuesta, si no es archivada de antemano, ha de sufrir lo que Herberth A. Simon ha llamado los "costos de inercia" o modificaciones para acomodarse a la intención política. Al respecto dice Simon:

"... una de las funciones primarias de la organización consiste en exigir la conformidad del individuo a las normas establecidas por el grupo o por aquellos de sus miembros que ostentan la autoridad. Las facultades discrecionales del personal subordinado quedan limitadas por políticas casi en la cúspide de la jerarquía administrativa".⁽⁶⁾

Esta restricción de la iniciativa impuesta al funcionario por la reglamentación, la jerarquía y la ausencia de un "juego limpio" del político, a quien incumbe la determinación de los objetivos de la gestión pública, impulsa al empleado al conformismo, la indiferencia, la frustración y la enajenación.

Pues por una parte es consciente de su impotencia para luchar contra la jerarquía y el sistema organizativo, y por otra se percata de que no goza de ningún reconocimiento o gratitud pública, sino que más bien se le considera parásito. Al respecto, en una conferencia titulada "Las instituciones públicas frente al público", el autor de este artículo afirmaba:

"El administrador que ingresa en la Administración Pública con bríos, con ganas de modernizar los sistemas de trabajo, muy a menudo se ve sofocado por una organización y un reglamentismo excesivo, en que a cada paso hay que consultar a todo el mundo y reformar muchos artículos, incisos y numerales reglamentarios. Y por esto, no es raro que al poco tiempo, acabe por ser un hombre de rigurosos hábitos rutinarios y con un arraigado complejo de inutilidad (...) de todo este planteamiento que hemos hecho nace lo que podríamos llamar la 'mentalidad burocrática' del funcionario, caracterizada, principalmente, por la lentitud en el desempeño de sus tareas, la conformidad con lo establecido, la insensibilidad o amnesia administrativa y su frustración, resentimiento y agresividad".⁽⁷⁾

Esta frustración del burócrata se proyecta en su vida privada. En ella también se siente inhibido para desarrollar otras perspectivas, porque su permanencia en el servicio público — según se ha visto —, le ha ocasionado un "complejo de inutilidad", la triste conciencia de que sólo se es capaz para desempeñar el puesto que se ocupa.

Cuando él llega a este estado, sus máximas preocupaciones son defender el estatu quo y su seguridad o inamovilidad.

Ante esta frustración crónica adopta varias soluciones: permanece en el servicio, ya enajenado, cada vez más indiferente e incrédulo de los propósitos de la jerarquía, en espera de que cambien al-

gún día los dirigentes o se cumpla pronto el término de su jubilación; renuncia y se traslada a la empresa privada, o empieza a capitalizar intelectual o económicamente el "ocio improductivo" que le ofrece la morosidad del funcionamiento del sistema, para hacerlo pronto.

Víctor A. Thompson ha denominado este estado del burócrata como "insatisfacción crónica".

"... la moral de los empleados de escritorio es una insatisfacción crónica".⁽⁸⁾

Este estado de insatisfacción crónica que se ha descrito, esta "baja moral" que embarga al burócrata, esta frustración que siente, vive y padece, es lo que aquí se ha denominado "la angustia existencial de la burocracia".

Al hacer este análisis, no se encuentran los privilegios que desde el punto de vista externo se le atribuyen, solamente se observa el que aquí se ha denominado "ocio improductivo", cuyo disfrute pareciera ser suficiente para atraer hasta a profesionales liberales, los que una vez caídos en él, pierden la capacidad de riesgo e iniciativa a cambio de esta aparente comodidad. ¿Será que como afirma la teoría X, el hombre es por naturaleza ocioso? No, es solamente un animal de costumbres.

(6) H. A. Simon, *El Comportamiento Administrativo*, p. 12.

(7) G. Vargas A. "Las Instituciones Públicas frente al Público", (mimeografiada), p. 4.

(8) En W. C. Scott, *Organización (conceptos y análisis)*, p. 163.

Lea en el próximo número de REPERTORIO AMERICANO

Heidegger y el Occidente _____ por Francisco Alvarez

La poesía: acto trascendental por definición _____ Varlos autores

Admirable, querida Eunice _____ por Stefan Baclu

En busca de la generación perdida _____ por Carlos Francisco Monge

El sentido lírico de *Los pasos terrestres* de Julieta Dobles _____ por Carlos E. Aguirre

Joaquín García Monge y sus cartas _____ por Alfredo Cardoña Peña

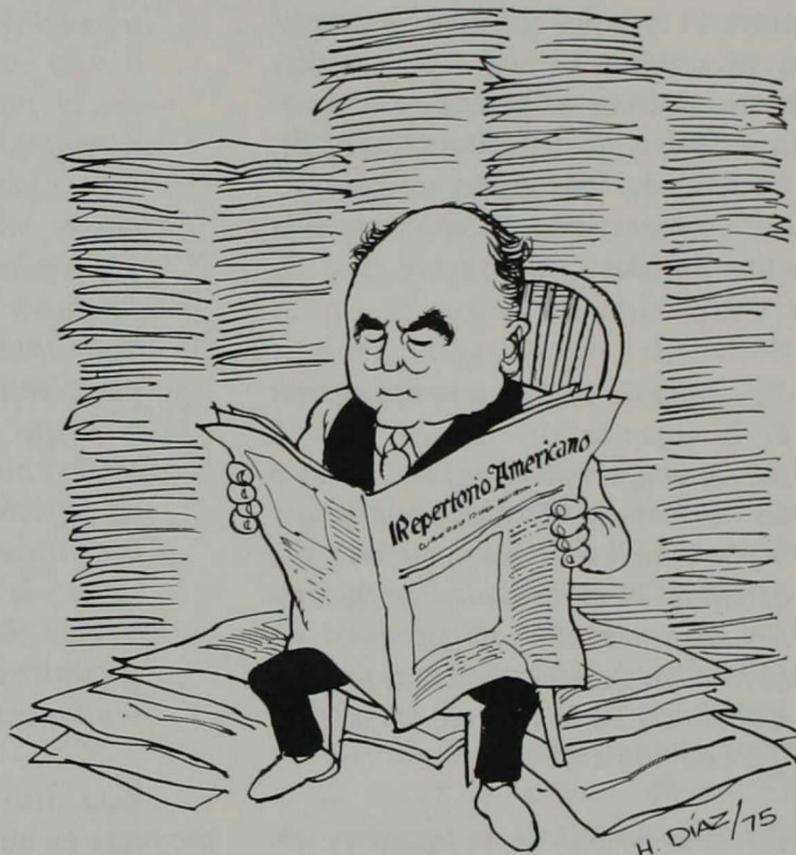
Poesía de ayer y hoy _____ Laureano Albán, Claribel Alegría, Luis E. Aguilar.

NOTICIA DE LIBROS

Página de

Repertorio Americano

Don Joaquín



UN EPIGRAFE Y UN EPITAFIO
"IN ANGELLO CUM LIBELLO"

Faustino Chamorro

Allá, por los años de la segunda década de nuestro siglo,¹ una revista ofrecía tesoros de belleza literaria, de pensamiento ingenioso y chispeante; vistazos de ideologías diversas con apertura ecuménica, que resultaban elementos biocatalizadores de cultura y de saber para el lector de nuestro medio y de cualquier ámbito dentro de la comunidad de la lengua castellana. Y todo ello se entregaba en un formato humilde, casi minúsculo (el editor no era rico ni pretendía serlo, el papel y el atramentum escaso, y muchos ejemplares recibían al precio del obsequio), tras la portada de una página cuya única ilustración eran el título y una cita latina por epígrafe: *EL CONVIVIO. In angello cum libello. (Kempis).*²

EL CONVIVIO sugería una invitación, y era la mesa y banquete para alimento del espíritu, ofrecido por un hombre bajo la égida de la abnegación y de la mística de servicio a los otros hombres de su comunidad patria, y a todos los pueblos abrazados por el mismo vínculo lingüístico. Pero ¿qué se escondía en el doblemente enigmático lenguaje del epígrafe? Enigma por el signo del latín que ha dejado de ser familiar al lector culto; enigma también, porque la naturaleza de todo epígrafe así lo requiere, ya que suele estar latente algo más de lo que puede dar a entender una mera traducción desligada de vivencias humanas, de culturas, de tiempos y latitudes: de la Historia.

Precisamente en una breve página de un número de EL CONVIVIO, el mejicano Julio Torri ensaya bellamente el tema del epígrafe:

"El epígrafe se refiere pocas veces de manera clara y directa al texto que exorna; se justifica, pues, por la necesidad de expresar relaciones sutiles de las cosas. Es una liberación espiritual dentro de la fealdad y pobreza de las formas literarias oficiales, y deriva siempre de un impulso casi musical del alma. Tiene aire de familia con alusiones más remotas y su naturaleza es más tenue que la luz de las estrellas.

A veces no es signo de relaciones, ni siquiera lejanas y quebradizas, sino mera obra del capricho, relampagueo dionisíaco, misteriosa comunicación inmediata con la realidad.

*El epígrafe es como una lejana nota consonante de nuestra emoción. Algo vibra, como cuerda de un clavicordio a nuestra voz, en el tiempo pasado".*³

1. No tenemos con certeza noticia del año. Entre los ocho o diez tomitos de *EL CONVIVIO* que nos facilitó la Biblioteca Nacional, se puede notar que no están encuadrados por orden cronológico los números de la revista. Cada ejemplar hace referencia únicamente al año, sin otro índice de tiempo. Allí mismo encontramos los números más tempranos a partir de 1917.
2. Cfr. la portada de *EL CONVIVIO*. (Biblioteca Nacional).
3. Torri, Julio. "Ensayos y fantasías". *EL CONVIVIO*. Imprenta Alsina, San José, Costa Rica, 1918.

Bucear desde la profundidad a la superficie en busca de claridad; atisbar esas posibles relaciones sutiles, el punto de partida que impulsó a elegir el epígrafe como una liberación espiritual; remontar la Historia por los peldaños de hechos comprobados o de alusiones remotas, para concluir si la elección del epígrafe es "relampagueo dionisiaco", o más bien "mera obra del capricho", o "cuerda de un clavicordio" que encontró concomitancias en el tiempo pasado, es lo que me movió a escrutar la personalidad de Don Joaquín a través del estrecho marco de esas cuatro sencillas palabras.

Hacia 1.380, nace en Kempen de la diócesis de Colonia, Tomás Hemerken, a quien la posteridad identificaría con un librito, que ha merecido abundantes elogios y, en ocasiones, no tan favorables críticas, pero en todo caso millones de hombres durante siglos y generaciones buscaron en el retiro, con "EL KEMPIS" en sus manos, paz, sosiego y luz para sus vidas.⁴

Palabras de encomio han dedicado con efusión a Tomás de Kempis notables y numerosos tratadistas y biógrafos. Casi todos ellos, de una u otra manera, han convenido en resaltar un aspecto notable de la vida del Venerable con las palabras que, según se cree, fueron estampadas por el asceta amanuense y místico monje de la Congregación de los Hermanos y Hermanas de la Vida Común, en una copia autográfica del librito "De Imitatione", de tan glorioso destino:

IN OMNIBUS REQUIEM QUAESIVI
Por doquier el sosiego he buscado

ET NON INVENI
Y no lo hallé

NISI SEORSIM SEDANS
Sino en el retiro sentado

*IN ANGULO CUM LIBELLO*⁵
*En mi celda con un librito*⁶

Nieremberg, famoso traductor del "KEMPIS",⁷ nos trasmite con variantes y poniéndola en boca del monje de Kempen la anterior inscripción:

"Por su gran santidad y apacible condición fue dos veces elegido por Prior de su Monasterio, y también por Procurador lo cual procuró excusar lo más presto que pudo porque no hallaba descanso sino con Dios en su celda; y así solía decir:

IN OMNIBUS REQUIEM QUAESIVI
En todas las cosas busqué descanso,

sed NON INVENI
Mas no lo hallé

NISI
Sino

*IN ANGULis CUM LIBELLis*⁸
En mi rincón con mis libritos".

Dos retratos de época tardía, que representan a Kempis sentado con un libro abierto entre las manos,⁹ nos transmiten semejantes inscripciones: el de Zwolh, en Holanda, donde se halla sepultado, concuerda casi al pie de la letra con el estampado autográfico; el otro retrato, llamado de Getruidentberg,

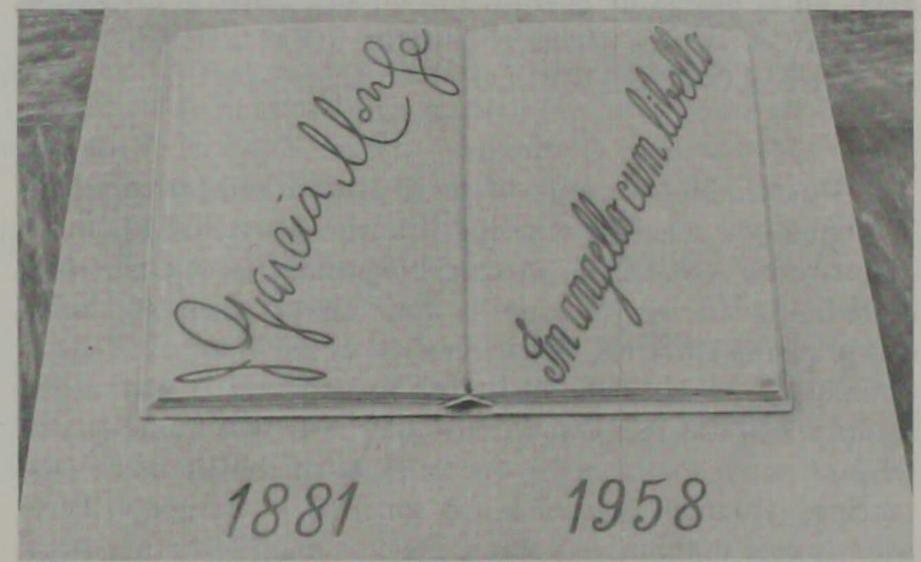
es el que nos da la última cláusula epigráfica – epitafial, modificando "angulo" en "angelo":

IN OMNIBUS REQUIEM QUAESIVI
Por doquier el sosiego he buscado

ET NUSQUAM (REQUIEM) INVENI
Y en parte alguna la paz encontré

*NISI IN ANGELLO CUM LIBELLO*¹⁰
*Sino en mi celdita con mi librito*¹¹

Don Joaquín eligió, no sabemos si directa o indirectamente, la última cláusula de la cita conforme nos lo trasmite la inscripción que corona el retrato de Getruidentberg y, a partir de ese momento, la frase se hizo vernácula en nuestro medio.



4. Al librito se le han asignado dos nombres: CONTEMPTIO MUNDI, EL MENOSPRECIO DEL MUNDO y DE IMITATIONE CHRISTI, DE LA IMITACION DE CRISTO. Su nombre familiar para bibliotecas, librerías, libreros y lectores siempre ha sido el de EL KEMPIS.
5. La transmisión tradicional concuerda casi al pie de la letra con el testimonio de Cornelius A. Lapide, jesuita del siglo XVII. Vide Roberts, Kate Louise, Hoyt's New Cyclopedia of Practical Quotations. (New York, 1922). En citas de otros autores se lee seorsum sedens, de rasgos más clásicos, por lo que nosotros optamos la transcrita como más conforme al latín de la época (siglo XV).
6. La traducción es nuestra.
7. Nieremberg, P. Juan Eusebio, S. J. La edición princeps de este traductor de Kempis a la lengua castellana apareció en Amberes en 1650 y aún puede encontrarse en nuestras librerías.
8. Nieremberg, P. Juan Eusebio, S. J. Imitación de Cristo por Tomás de Kempis, Madrid, 1788. En el "Compendio de la vida del Venerable Tomás de Kempis", que forma parte de la "Introducción" a la obra. (El ejemplar que se nos facilitó en la Biblioteca Nacional tenía a manuscrito en su primera página "ex libris" V. F. Ferraz).
- Advierta el lector, comparando con el texto de la copia autográfica de Kempis, las variantes sed por et; angulis, libellis, por angulo, libello; la supresión de seorsim sedans.
9. Tomás de Kempis, Enciclopedia ESPASA, tomo LXII.
10. Tomás de Kempis, Enciclopedia ESPASA, Ibidem. Requiem en la segunda línea de la cita es una conjetura con bastante grado de probabilidad. Angello no nos ofrece duda alguna, dadas las referencias de otros autores, aunque hubiéramos deseado tener a mano fuentes más claras que la borrosa ilustración del ESPASA.
11. La traducción es nuestra.

Muchas páginas imprimió colocando con su alma sencilla cada palabra de la frase elegida, hasta que un día los perfiles de cada letra quedaron cincelados en un libro de mármol, menos duradero que la memoria de sus revistas. El imprimió un epígrafe, motivo y preludio en su vida y en su obra, y la posteridad lo recuerda y lo puede seguir leyendo como epílogo perenne, epitafio de su tumba.

Allí está.¹² en un rincón con un librito. Perdida en una extensión de varias hectáreas de tierra, entre cruces, bóvedas, menhires y mausoleos, donde hacen centinela los cipreses y adornan los rincones arbustos y rosales, a un palmo del suelo, con la inclinación necesaria para sugerir que allí alguien descansa, se encuentra una losa de mármol blanco agarbando que, cual enorme atril, soporta un libro abierto, esculpido también en mármol. El libro, auténtico símbolo de una vida, contiene dos leyendas, las suficientes para una biografía duradera: en la página de la izquierda un autógrafo, J. GARCIA MONGE; en la otra página el epitafio que resume a Kempis, IN ANGELLO CUM LIBELLO.¹³

Dos diminutivos con diferente alcance semántico sellan la tumba con sencillez y cariño. El primero, ANGELLO, diminutivo de ANGELUS, ubica al biografado en la dimensión de la humildad, oculto como la abeja laboriosa en la celdilla que se pierde entre mil jabs literarias. El segundo, LIBELLO, diminutivo de LIBER, insiste en caracterizar la marca del ascético epitafio rechazando cualquier rastro de erudición ostentosa, muy común a los que se escudan con libros de jactancioso volumen bajo el brazo sonando la trompeta. Pero además este diminutivo posee y pone de manifiesto una carga afectiva tal, que convierte al libro en un objeto cariñosamente poseído.

En esta estructura literaria epitafial de creación tardía, es de suma importancia la simetría silábica, tanto en número

como en posición, entre los dos miembros que la conforman, coincidiendo además como primer elemento silábico en ambos una proclítica (*in, cum*). Las dos sílabas de cada uno de los sufijos que componen los diminutivos (*-ello*) hacen de la frase una *similiter cadens* al modo de la rima "leonina" de creciente frecuencia en el latín tardío, o como los pareados de nuestro refranero, que con su valor expresivo, pone de relieve la esencia misma del epitafio, retratando con precisión el rasgo constante de toda una vida fiel a un mismo norte, sin indicios de presunciones.

Sabemos que Don Joaquín imprimió esta frase a sabiendas de lo que hacía, en los números de la colección EL CONVIVIO. Se sabe que él mismo vivió real e intensamente el alcance semántico total del epitafio y que además procuró dejarlo sembrado en todos sus lectores, entre sus visitantes y entre aquellos que de una u otra manera lo trataron y conocieron. Tal vez alguno de aquellos sus jóvenes, discípulos, al correr del tiempo, escuchó en su pecho agradecido el mandato del poeta: *I, PUER, ATQUE MEO CITUS HAEC SUSCRIBE LIBELLO*:¹⁴ *Corre, muchacho, y escribe esto en mi librito*. Y escribió el epitafio sobre la blancura de un libro de mármol que abre y cierra como un sello la vida silenciosa de un maestro que enseñó a más que leer.

12. Mausoleo n.º 6. Cuadro letra C, lado norte, línea 1ª (datos según el Registro del Cementerio General de San José, inscritos al tomo XVII, folio 65).

13. Cfr. Ilustración, Foto de nuestro archivo tomada en 1974.

14. Horacio. Sát. I, 10, 92. La traducción es nuestra. En el momento de la impresión de este estudio, don Eugenio García Carrillo nos declaró que él mismo fue el PUER que encargó esculpir el epitafio sobre la tumba de su padre.

Pasa a página 30

HAN SENTENCIADO A MICIFUZ

Julián Gustems

Han sentenciado a Micifuz. Porque es viejo dicen unos, porque es glotón dicen otros, porque no sabe matar ratones opinan los más. Pero por una razón u otra, Micifuz ha sido sentenciado.

Mamá ha dicho que lo mejor sería que papá tomase el coche y lo abandonase lejos de casa, pero papá — que es muy tímido — ha dicho que no podría soportar oír sus maullidos y que seguramente antes de arrancar el coche de vuelta lo habría recogido de nuevo.

— Pues tú verás qué hacemos — ha dicho mamá — porque este bicho se está poniendo cada día más asqueroso.

Micifuz, que andaba cerca, ha parecido entenderlo y se ha escondido debajo del sofá. Le brillan los ojos de verde aceituna y mueve la cola fregando el suelo. Yo digo a papá y a mamá que no quiero perder a Micifuz, porque es mi amigo.

Papá parece rejuvenecido. Pero mamá dice que nanay y que dos y dos son cuatro y que Micifuz o ella. Así se han puesto las cosas y mucho me temo que el pobre gato lleva todas las de perder.

Esto hace como una hora que se ha dicho, pero como el abuelo ha comenzado a hablar de sus cosas y de sus quebrantos de salud, parece que el tema del gato se ha olvidado.

Pero no. Pero no. Mamá es así de terca y apenas puede, insiste sobre lo mismo.

— Se podría comprar veneno — insinúa papá, aunque su voz tiembla ligeramente al decirlo —. Le pondremos una buena dosis de veneno en la leche y se va de este mundo satisfecho y feliz.

— Y yo me quedo con el minino entre las manos y soy yo quien debe deshacerse del cadáver.

Ha dicho "cadáver" muy ampulosamente, y papá se da cuenta de que no es una buena solución.

— Pues no sé — dice al fin.

— Mañana te lo llevas en el coche y lo dejas por ahí...

O sea que Micifuz no tiene escapatoria. Vivirá en el exilio y el resto de su vida la pasará maullando de melancolía.

¡Mi pobre y bienamado Micifuz! ¿Qué mal está haciendo para que quieran deshacerse de él? ¿Es que como mucho? ¿Es que duerme excesivamente, o es porque hace pis donde le place? ¿O, tal vez, porque con sus uñitas destruye el sofá y las cortinas?

Mamá dice y dice que hay que suprimir al gato.

Aunque intento decirles que Micifuz es mi vida no tienen el más mínimo deseo de que continúe en casa. Y me acuestan, sin dejarme elogiar al gato.

Y aunque me acuestan les sigo diciendo que no está nada bien que me quieran quitar al minino. ¿O es que ellos ignoran lo bien que lo paso con mi gato?

Es un placer sobarle la barriguita y pasar la mano sobre el lomo y escuchar el runruneo de satisfacción con que me obsequia normalmente.

— Bien, mamá — digo seriamente —, si echais de casa a Micifuz yo también me voy.

— Calla, loco, calla.

Les hago una escena y les lloro un poco, pero mamá como que sí no. Me mete en cama y me deja solo con mis parlamentos.

Al verme solo me entran unas ganas tremendas de llorar.

Micifuz no tarda en llegar, sube sobre la cama y se acurruca entre mis piernas. Araña suavemente el edredón, hasta que se queda quieto y en silencio.

Pasa a página 32

UN PANORAMA EDITORIAL ALENTADOR

Franco Cerutti

Aunque el afirmarlo pueda parecer cruel y cínica paradoja, cabe asegurar que, por lo menos en un sector específico, el terremoto que en el año de 1972 destruyó la ciudad de Managua, en algo benefició a Nicaragua. Estoy refiriéndome únicamente a un sector especial, y es el sector de la vida cultural. Claro que en la partida negativa de aquel desastroso balance hay que sumar las incalculables pérdidas sufridas por el patrimonio bibliográfico nacional — ya tan exiguo — a raíz de la destrucción de muchas bibliotecas públicas y particulares, de colecciones documentales, de hemerotecas, etc. Pero parecería que de ese desastre Nicaragua se hubiese levantado — repito y aclaro, una vez más, que únicamente me estoy refiriendo ahora a las actividades culturales — más firme, más empeñada en producir, más consciente de sus posibilidades. Las actividades artísticas, y culturales en general, (teatro, artes plásticas y figurativas, editoría) se han venido desarrollando en los últimos tres o cuatro años con mayor pujanza de lo que podía esperarse, inclusive en un período normal.

En el marco de esta renovada actividad, cabe señalar el esfuerzo editorial que el Banco de América está llevando a cabo desde tres o cuatro años. Un grupo de eminentes personalidades de la cultura nacional — Alejandro Bolaños Geyer, José Coronel Urtecho, Ernesto Cruz, Pablo Antonio Cuadra, Jaime Incer Barquero, Orlando Cuadra Downing — se ha reunido alrededor del Director Ejecutivo del Banco de América, el Dr. Ernesto Fernández Holmann, creando un Consejo Asesor del Fondo de Promoción Cultural, cuyos objetivos básicos son la promoción y desarrollo de los valores culturales de Nicaragua y la formación de una colección de obras de carácter histórico, literario, arqueológico y de otra naturaleza, que contribuyan a enriquecer el patrimonio cultural de la nación.

Además de patrocinar exposiciones de arte y de proporcionar la ayuda necesaria a los jóvenes artistas nacionales, de velar por la conservación de buena parte del patrimonio artístico del país adquiriendo colecciones artísticas, el Banco de América a través del Consejo Asesor del Fondo de Promoción Cultural, acoge y promueve la publicación de estudios originales y la reimpresión de obras agotadas e inhallables que han marcado un hito en el desarrollo de la cultura patria.

Varias son las colecciones que hasta la fecha el Fondo de Promoción Cultural ha planeado y llevado a cabo: una Serie de Estudios Arqueológicos, una Serie Literaria, una Serie de Fuentes Históricas, una Serie Histórica, una Serie de Ciencias Humanas, la Serie Cronistas y otras colecciones ahora al estudio y que es muy probable empiecen a publicarse pronto. Como se ve, un panorama casi completo de las actividades intelectuales, dibujado y realizado a través de colecciones especializadas sumamente valiosas.

Las primeras publicaciones — y desde un punto de vista tipográfico, las más lujosas — pertenecen a la Serie de Estu-

dios Arqueológicos: la edición bilingüe del famoso texto de Karl Bovallius, *Nicaraguan antiquities* publicado en inglés en 1886, en Estocolmo, por la Sociedad Sueca de Antropología y Geografía. El gran acierto de esta re-edición no se cifra únicamente en volver a ofrecer un texto sumamente difícil de hallar después de casi un siglo, sino en brindarnos, junto con el texto original, su inmejorable traducción al castellano, obra de Luciano Cuadra. Los mismos grabados y las mismas ilustraciones de la edición original enriquecen este magnífico trabajo editado con todo el lujo tipográfico oportuno y necesario. La segunda realización de la misma Serie, ha sido la reedición de la obra *Investigaciones arqueológicas en Nicaragua* de J. F. Bransford M.D., publicada originalmente por la Smithsonian Institution en Washington, año de 1881. La traducción, excelente, es de Orlando Cuadra Downing. Centenares de ilustraciones adornan este texto que, por primera vez, dió a conocer al mundo científico los descubrimientos realizados por el Dr. Bransford en las excavaciones efectuadas en la isla de Ometepe, en la hacienda de don José Angel Luna, cuyo nombre lleva el tipo de cerámica artísticamente adornada, que ha hecho famosa a Nicaragua.

La Serie Histórica de las publicaciones del Banco ha sido, quizás, la hija mimada del Fondo de Promoción Cultural. No era para menos: todos los que nos ocupamos de investigaciones históricas relacionadas con Nicaragua, conocemos los profundos vacíos que existen en la historiografía nacional y la escasez de fuentes documentales y textos básicos que puedan orientar al estudioso en su labor. Era natural, pues, republicar, junto a trabajos originales de estudiosos de reconocida valía, obras clásicas de la historiografía nacional, desde años ya desaparecidas del mercado. Son de señalar, entre este segundo tipo de publicaciones, la nueva edición de la *Historia de Nicaragua* de José Dolores Gámez (la edición original, agotadísima, remonta al año de 1889); la reedición de las *Obras históricas completas* de Jerónimo Pérez, fuente de primaria importancia para el estudio de la guerra con Walker y los sucesivos acontecimientos de Nicaragua (las ediciones anteriores se habían publicado en 1865, 1873, 1883); la reedición de los *Cuarenta años de historia de Nicaragua, 1838-1878*, texto fundamental, cuya edición original data del año de 1912 y que en 1957 se había vuelto a publicar en Madrid, pero que también estaba agotado. Siempre en esta serie se ha publicado *La guerra en Nicaragua* de William Walker. Hay que observar, a este propósito, que hasta la fecha la obra del filibustero estadounidense se conocía, en castellano, solamente por la traducción de don Ricardo Fernández Guardia, editada originalmente en 1924 y republicada por EDUCA en 1975. El texto que ofrece el Banco de América es la traducción del italo-nicaraguense Fabio Carnevalini quien, entre otras cosas, participó en la campaña de 1856 — 1857. La traducción es, estilísticamente hablando, menos perfecta que la de don Ricardo, pero es importante y constituye, de hecho, una novedad casi absoluta, ya que su primera edición vió la luz en Managua

en 1883, se agotó muy pronto y no se volvió a publicar desde entonces. La presente edición en offset, reproduce unas interesantes notas marginales, supuestamente del mismo Carnelini, que enriquecían el ejemplar del que se ha sacado la reproducción fotostática. Cabe mencionar una obra más, y muy importante, de esta serie: un libro inédito de José Dolores Gámez, encontrado entre los papeles del historiador, gracias al cuidadoso empeño de uno de sus descendientes, don Alberto Gámez Reyes: **Historia Moderna de Nicaragua (Complemento a mi Historia de Nicaragua)**. Son 760 páginas que mirablemente complementan las 820 de la clásica **Historia de Nicaragua** del mismo autor. Entre los trabajos originales habrá que mencionar: **Filibusteros y Financieros** (la Historia de William Walker y sus asociados) de William Scroggs, traducido al castellano por Luciano Cuadra con su acostumbrada maestría; un trabajo del ex-embajador de Alemania en Nicaragua, Barón Goetz Von Houwald, **Los Alemanes en Nicaragua** y **La Ruta de Nicaragua** de David I. Folkman Jr., también traducida por Luciano Cuadra. La primera y la última de estas obras representan dos valiosísimas contribuciones a la problemática de la Guerra Nacional, mientras que el libro del embajador de Alemania es una acuciosa y profunda labor de investigación realizada tanto en las bibliotecas públicas y privadas y Universidades (New York, Washington, Londres, Berlín, Hamburgo, Bremen), como en las ciudades y pueblos de Nicaragua donde el autor vivió por muchos años. La versión española del original alemán fue realizada por Resi de Pereira. La exhaustiva bibliografía que enriquece y cimienta la obra, es, por sí sola, una valiosa contribución a la cultura nicaragüense.

La última publicación de la Serie Histórica, y quizás la más valiosa y original, es el trabajo de don Carlos Meléndez Chaverri sobre **Hernández de Córdoba, capitán de conquista en Nicaragua**. El desconocido capitán adquiere en este libro dimensiones heroicas ante las circunstancias de su obra que perdura a través de los siglos y de su muerte ordenada por la inflexible severidad de Pedrarias Dávila. En este trabajo el autor presenta el resultado de sus prolongadas investigaciones sobre la figura histórica de Hernández de Córdoba, cuya obra fundacional en Nicaragua es estudiada en sus aspectos económico-socio-políticos en forma novedosa, en la que se aprecia la profundidad del historiador y la elegancia del literato.

La Serie Histórica se complementa con la Serie Fuentes Históricas, en la que ya han aparecido tres esbeltos y elegantes tomitos: el **Diario** de John Hill Wheeler, quien fuera Ministro de los Estados Unidos en Nicaragua en los años de 1854 a 1857; los **Documentos Diplomáticos** de William Carey Jones, Enviado especial de los Estados Unidos ante Nicaragua y Costa Rica en el período 1857-1858; y los **Documentos Diplomáticos** de don José Torcuato de Marcoleta, Ministro de Nicaragua en los Estados Unidos en el año de 1854. Huelga subrayar cómo esos tres volúmenes, que reúnen tamaña parte de los documentos diplomáticos de la época, contribuyan de forma definitiva a aclarar múltiples problemas históricos, sobre todo los inherentes a las relaciones entre Centro América y Estados Unidos, la cuestión del Canal de Nicaragua, etc. Además de los tres tomitos, una obra de gran envergadura: el **Historial del Realejo** del guatemalteco Manuel Rubio Sánchez (con notas de Eduardo Pérez Valle). En 850 páginas se pone al alcance de los historiadores el rico acervo documental del Archivo General de Centro América en Guatemala, con el objeto de aclarar, rectificar, ampliar y ubicar, dentro del contexto nicaragüense, el historial del Puerto de El Realejo. Y otro libro de gran interés: **El testimonio de Scott**, es decir, las declaraciones del capitán Joseph N. Scott como testigo de la defensa en el juicio entablado por el depositario de la Compañía Accesoría del Tránsito contra Cornelius Vanderbilt en 1861. La traducción ha sido magníficamente llevada a cabo por Alejandro Bolaños Geyer.

La Serie Literaria ha llegado ya a cinco títulos y varios más están en la imprenta. Dos obras inéditas de Salomón de la Selva constituyen las piezas fuertes de la colección: se trata de la novela **La Dionisiada** y de la recopilación **Versos y versiones nobles y sentimentales**, por el autor de la **Ilustre Familia**.

Desde hace tiempo el que estas líneas escribe, se ha dedicado a preparar una edición crítica de las **Obras Completas**, por lo menos de las que aún quedan, de don Enrique Guzmán Selva, quien fue, sin duda alguna, uno de los escritores más importantes de Centro América en el siglo XIX y que se halla hoy en día casi completamente olvidado y desconocido. El

Pasa a página 31

Noticia de Libros

OTRAS PUBLICACIONES DE LA UNIVERSIDAD NACIONAL

REVISTA DE HISTORIA

Jeffrey Casey Gaspar

Publicación de la Escuela de Historia, Universidad Nacional, Heredia, Costa Rica, 1974. 165 páginas.

Con este nombre acaba de salir a circulación el primer número de esta publicación semestral (aparece en junio y en noviembre de cada año) de la Es-

cuela de Historia de la UNA. La Escuela presenta esta publicación al público costarricense e internacional para cumplir con sus postulados de llevar a todo el país y más allá de las fronteras los resultados de las investigaciones realizadas por nuestra comunidad universitaria, en el amplio campo del pasado costarricense y latinoamericano. Difundir lo que es producto genuino del esfuerzo intelectual de la Universidad Nacional es tarea que, esperamos, permita extender a la comunidad nacional el conocimiento del

pasado, realizar obra cultural positiva y hacer conocer en América y el mundo la realidad viva del acontecer costarricense.

Este primer número de la revista contiene cuatro artículos de gran valor en el estudio científico de la historia. Además presenta una sección documental sobre la inmigración de los chinos a Costa Rica en que se ve reflejada la dura realidad de un grupo minoritario en la construcción del ferrocarril al Atlántico

en el siglo pasado. Entre los artículos se destacan dos que tratan del ámbito latinoamericano. El primero de ellos, "Algunas consideraciones sobre el alza del azúcar en la República Dominicana", por la Dra. Helen Ortíz analiza las repercusiones sociales, demográficas y económicas de la introducción y extensión del cultivo de la caña de azúcar en una sociedad tradicional.

El segundo artículo referente a Latinoamérica, "Nueva luz sobre el origen de la guerra de la Triple Alianza" por el Dr. Germán Tjarks, viene a esclarecer definitivamente el origen de esa guerra, tópico muy debatido entre los historiadores de la América Latina meridional.

Luego se presentan dos trabajos de investigación de historiadores reconocidos en Costa Rica. Primeramente, el Lic. Carlos Luís Fallas nos presenta un panorama de los acontecimientos del golpe de estado de 1917 en Costa Rica. Un artículo del Lic. Carlos Meléndez Chaverri, titulado "Formas en la tenencia de la tierra en Costa Rica durante el régimen colonial" propone muchas hipótesis que merecen un estudio más exhaustivo sobre las formas de tenencia del agro y la diferenciación de regiones según factores climáticos y económicos.

La *Revista de Historia* se vende en las principales librerías del país, en la librería de la Universidad Nacional y también en las oficinas de la Escuela de Historia de la Universidad Nacional. El precio del ejemplar es de 20 colones y la suscripción anual vale 35 colones. En el exterior el precio es más elevado, por la tarifa postal. La Escuela de Historia tiene programada la aparición de dos números más de la Revista en el año 1976.

REVISTA GEOGRAFICA DE AMERICA CENTRAL

Bárbara Brugman

Nº 2, 1er. Sem., 1975

Publicada bajo la dirección del Prof. Eusebio Flores Silva, por la Escuela de Ciencias Geográficas, Facultad de Ciencias de la Tierra y el Mar
Universidad Nacional
Heredia.

La revista, cuyo primer número fue publicado en el segundo semestre de

1974, es única en Centroamérica por su enfoque espacial, o geográfico. Sus fines son: estimular el interés en este campo por parte de los geógrafos y otros profesionales centroamericanos, y proporcionar un medio de difusión, especialmente en la América Latina, de los conocimientos, métodos y técnicas de la geografía moderna. De acuerdo con esos fines, la Revista publica no solamente trabajos de investigación, sino también traducciones de destacados artículos sobre metodología y técnica, información estadística sobre Costa Rica, de otro modo difícilmente obtenible en el extranjero, y reseñas bibliográficas de publicaciones de interés para geógrafos y profesionales afines.

El primer artículo, "¿Cuánto cuesta un Parqueo?" es un ensayo sobre los escollos ocultos de la planificación urbana, a través de una crítica de una proposición del Departamento de Planificación de la Municipalidad de San José para reemplazar el Parque Central de la ciudad capital por un parqueo de dos pisos rematado con un "parque inglés". El autor ataca la planificación de miras estrechas, en la cual el parque inglés/parqueo no se consideró como parte de todo un sistema urbano. "No cabe duda que han planificado un edificio; pero, ¿han planificado una ciudad?" En su opinión, los autores del plan no tenían una visión clara y bien pensada de la futura ciudad; una ciudad en que la presencia de un parqueo en el puro centro urbano servirá como atracción al automovilismo más bien que para reducir el congestionamiento que actualmente ahoga el distrito central. "En otras palabras, tal facilidad llegaría a ser una parte del problema en vez de la solución. Un estacionamiento u otro, la ampliación de calles viejas, y los demás cambios que demandarían la confianza total en el coche no deben considerarse en aislamiento". Tampoco los planificadores consideraron su proyecto en términos del medio ambiente físico de Costa Rica en el que los arbustos de un parque inglés ofrecerían poco solaz contra los rayos solares, casi directos, de esta latitud. En fin, es clara la llamada por una planificación urbana integrada y de amplia visión, que a la vez esté vinculada con el medio ambiente físico y humano particular en que se desenvuelve.

El artículo dos trata del aspecto especial del crecimiento urbano de Costa Rica desde 1950, y las posibles consecuencias de este aumento para el desarro-

llo del país. Se plantea que el aumento se está concentrando en las áreas urbanas y en particular en un "eje interoceánico", que se extiende desde el Pacífico al Atlántico entre los dos puertos de Puntarenas y Limón, y cuyo centro de gravedad es la ciudad primada de San José, capital de Costa Rica. Este emergente patrón tendrá consecuencias mixtas para el desarrollo nacional, de acuerdo con las autoras. Por una parte, la tierra a lo largo del eje, especialmente en su sector central, está sufriendo una transformación desde un uso netamente agrícola hacia un uso urbano pero poco intenso. Resulta la pérdida de tierra con gran potencial agrícola. Pero por otra parte, la concentración del fenómeno urbano en un espacio restringido (el eje), significa también la concentración de actividades altamente productivas (industria), y la formación de un mayor mercado, y el estímulo para el desarrollo del área circundante que en este caso, debido a su escala tan pequeña, repercutiría prácticamente a todo el resto del país.

En otro artículo, un físico-químico, con fundamento en las leyes de la termodinámica, propone una nueva base para la clasificación del medio ambiente; el balance energético. La clasificación sobre esta base facilitará más inteligentes decisiones en cuanto a la forma de intervención humana, u "ordenamiento", más adecuado para lograr una explotación racional de los recursos naturales. El autor distingue tres sistemas de medio ambiente natural: los sistemas estables, los moderadamente inestables, y los inestables,

"dependiendo de su habilidad para disipar el influjo de energía sin autodestruirse durante el proceso". A continuación examina uno por uno los tres tipos de sistema; entradas de energía, eficiencia de los mecanismos para disiparla, las consecuencias de su acumulación, y ofrece recomendaciones en cuanto al tipo de ordenamiento más indicado en cada caso.

Un informe, escrito por Enrique Malavassi V., especialista en geopaleontología, es producto de un largo trabajo sobre el terreno. Comprende el área de estudio, el valle del curso medio del río Reventazón, entre la falla de Las Animas cerca de Turrialba y su desembocadura al río Parismina; un trayecto de unos 48 kilómetros. El autor identifica las estructuras geológicas, las distintas formaciones aflorantes de roca sedimentaria con su correspondiente macro y microfauna, y la localización de las infrecuentes, pero importantes (para construcción de repre-

Viene de página 26

De todas maneras, epígrafe y epitafio llenó la vida de dos hombres y fue sello perenne para ambos en su obra después de la muerte. Y llegaron a tener sentido y realidad las últimas palabras de Torri antes citadas, y que de nuevo subrayo: "algo vibra como cuerda de clavicordio a nuestra voz, en el tiempo pasado". Dos hombres con coincidencias, con simpatía de ecos lejanos, quizás arpas gemelas en armonía con los astros: dos vidas paralelas: JOAQUIN GARCIA MONGE, TOMAS HEMERKEN DE KEMPIS.

El Monje de Kempen estampó hace más de cinco siglos y medio en una de sus obras "... IN ANGULO CUM LIBELLO". Don Joaquín García Monge vio en ello quizás lo mejor de Kempis y estampó así mismo en una de sus revistas: "IN ANGELLO CUM LIBELLO".

El Monje así se expresaba: "No creas haber aprovechado algo, si no te tienes por el más humilde de todos",¹⁵ y Don Joaquín así dijo: "Yo no tengo biografía. Aún no he hecho nada que merezca recordarse. En ninguna parte he hecho nada".¹⁶

"Yo enseñé sin ruido de palabras, sin confusiones de opinión, sin alharacas, sin argumentos, sin disputas",¹⁷ dice Kempis. Y el maestro García Monge informa: "Lo importante para un país no es tan solo saber lo que se gasta en la enseñanza pública — regocijo satisfactorio para la exportación — sino qué rendimientos de cultura da ese presupuesto".¹⁸

Monge encontró el retiro esperando el sosiego definitivo entre los libros. El mismo dice: "Ahora me refugio en la Biblioteca, sabe Dios hasta cuando, mientras llega la hora de morir, que es la mejor".¹⁹ Y el eco del monje kempense responde: "Feliz aquel que tiene a todas horas presente la hora de la muerte y se prepara cada día a bien morir".²⁰

Kempis transmitió cultura secular multiplicando copias de códices con la acuciosa y pulcra grafía que le nacía tanto de su índole meticulosa como de su destreza manual, imbuído de la proverbial paciencia monástica. Don Joaquín manifestó preocupaciones semejantes: "Y lo peor es que un día

llegará en que no consiga editor, pues como en eso de corregir pruebas soy inexorable hasta lo maniático, la gente se fastidia y rehúsa trabajar para mí que resulto anacrónico y pesado en una época en que maldito el caso que hacen los unos y los otros de los gazapos en que incurren".²¹

Así escribe nuestro "Monje": "La colección Ariel, el Convivio, y el Repertorio Americano, anduvieron y andan por el mundo diciendo que en esta minúscula Costa Rica ha sido posible crear un hogar intelectual, una fundación de fraternidad espiritual entre las gentes de habla Castellana".²² Desde el monasterio de Santa Inés, el Monje de la Congregación de los Hermanos y Hermanas de la Vida Común alumbró y sigue alumbrando con la multiplicación amanuense de códices, con la composición de centones y obras originales, a seculares generaciones y hombres de todas las tallas y latitudes, en los que, como en Don Joaquín García Monge, esa luz se transforma en la llama de místico trasmisor de cultura para lograr "reunir en torno de su mesa a los más distinguidos representantes de la nobleza del espíritu".²³

A los dos la posteridad los recuerda en actitudes semejantes: con un libro entre las manos.

Sean éstas mis últimas palabras HONORI, NON MEMORIAE, AMERICA REPERTORII AUCTORIS, CUIUS NOMEN PERENNIUS QUAM AERIS MONUMENTUM: EN HONOR, QUE NO EN MEMORIA, DEL AUTOR DEL REPERTORIO AMERICANO, CUYO NOMBRE (SERA) MAS DURADERO QUE UN MONUMENTO DE BRONCE.

15. El Kempis II, 2,2.
16. Bonilla, Abelardo. HISTORIA DE LA LITERATURA COSTARRICENSE. Edit. Costa Rica, p. 115; donde se transcriben párrafos de una carta de Don Joaquín, del año 1929.
17. El Kempis III, 43, 3.
18. García Monge, J. "Memoria de la Instrucción Pública", San José, C. R. 1920.
19. Bonilla, Abelardo. Op. Cit., pág. 116.
20. El Kempis, I 23, 2.
21. García Carrillo, Eugenio. "Palabras a propósito de mi padre". Repertorio Americano n° 1. (Heredia, Costa Rica, 1974).
22. Bonilla, Abelardo, op. cit. ibidem.
23. García Monge, J. "Unidos por la cultura". Repertorio Americano n° 1, Heredia, C. R., 1974).

Viene de página 29

NOTICIA DE LIBROS

sas) intrusiones y diques de roca ígnea. Un mapa geológico del área de estudio con la citada información y una lista detallada de la fauna fosilizada empotrada en las setenta y cinco muestras tomadas a lo largo del trayecto, acompañan el informe.

Dos estudios preliminares sobre los tómbolos Catedral y Uvita componen el último artículo en la primera sección de la Revista. En una introducción previa, los autores, después de una revisión de la bibliografía, aclaran el uso del término "tómbolo": una flecha de arena, o de cantos rodados, que une una isla a la costa vecina, y describen la geomorfía del área de los dos estudios. "Tómbolo Ca-

tedral", el primer estudio, consiste en observaciones geológicas acompañadas por un mapa de la estructura geológica. Un análisis de la dinámica de los procesos morfogenéticos en la formación del Tómbolo Uvita, situado a 52 kilómetros al sureste de Quepos, distingue el enfoque del segundo estudio. Los autores identifican las varias etapas morfológicas en la evolución del tómbolo, así como los procesos que lo han generado. Dos mapas, en base a fotointerpretación, nos muestran los patrones superpuestos de estructura geológica, vegetación actual, y ocupación humana, con una indicación de la dirección del oleaje. El "Tómbolo Uvita" es un excelente ejemplo del estu-

dio de estructura y proceso espacial aplicado a un rasgo físico del medio ambiente.

Como documento se incluye una traducción hecha para la Revista sobre **La Organización del Espacio**, un artículo escrito por Jerzy Kostrowicki, director adjunto del Instituto de Geografía de la Academia de Ciencias de Polonia. Kostrowicki discute la utilidad de la geografía moderna en la planificación, atacando sus puntos débiles en el proceso, y proponiendo remedios. Concluye: "las estructuras y procesos espaciales constituyen la organización espacial... este concepto reviste una importancia en la

planificación, no solamente porque contribuye, por su carácter dinámico, a explicar las estructuras y procesos espaciales presentes y pasados, sino también porque invita a transformar las estructuras espaciales existentes para reemplazarlas por otras que le son preferenciales”.

En la sección de Fichas Estadísticas aparece un útil trabajo titulado, **Proyec-**

ciones Quinquenales de la Población de Costa Rica y del Conjunto Urbano-Residencial Metropolitano, lo cual presenta estimaciones detalladas de población hasta el año 1988. El conjunto urbano-residencial central alcanzará una población de un millón en los mediados de 1980 y entre 1.500.000 y 2.000.000 a finales de 1990; en ambos casos, la zona central contará con más de la mitad de la pobla-

ción del país, concluye el investigador.

Cinco reseñas bibliográficas sobre libros de economía, ecología, planificación y geografía, más un comentario sobre datos nacionales publicados por el Censo de 1973, completan el N° 2 de la Revista.

UN PANORAMA EDITORIAL ALENTADOR

Viene de página 26

propio Banco de América publicará esta edición de las **Obras Completas** en seis gruesos tomos con introducción, crítica y notas. Por de pronto, en la Serie Literaria han salido como anticipación del total, tres tomos: se trata de **Las Pequeñeces Cuiscomeñas de Antón Colorado**, una serie orgánica y unitaria de artículos periodísticos que don Enrique escribió en 1896 contra el régimen zelayista; de las **Gacetillas de La Prensa** (1878) y de **El Cronista** (1894) que los hicieron famosos, y de los escritos biográficos (**Retrato a la pluma de Máximo Jerez**, etc.). También se han publicado en la misma serie, y siempre al cuidado de quien escribe, dos tomos más: **Obras en verso** de Lino Argüello — el delicado “último romántico” nicaragüense, que muchos lectores recordarán, probablemente, haber conocido en vida — y **Dos Románticos Nicaragüenses: Carmen Díaz y Antonino Aragón**. También estos poetas menores del siglo XIX nicaragüense habían quedado envueltos en las nieblas del olvido: se ha recogido y publicado toda la superstite y a veces fragmentaria obra de ellos, desumiéndola de viejas revistas, ordenándola y glosándola.

En la Serie Cronistas el joven investigador nicaragüense Jorge Eduardo Arellano, que tanta contribución ha dado ya a la bibliografía nacional, ha publicado dos tomos dedicados a **Nicaragua en Los Cronistas de Indias**, siglos XVI, XVII y XVIII. Si se toma en cuenta que hasta la fecha era preciso buscar a esos textos en distintas ediciones muchas veces agotadas, se comprenderá fácilmente la oportunidad de este trabajo que pone al alcance del estudioso un riquísimo material documental. Además de esos dos tomos, se ha publicado en magnífica edición el testimonio nicaragüense de Oviedo, seleccionado por Eduardo Pérez Valle que lúcidamente enfoca en su estudio introductorio la contribución del cronista a la primitiva historiografía de la hermana república.

La última serie, la de Ciencias Humanas, consta de los **Ensayos nicaragüenses** de Francisco Pérez Estrada. Se reúnen en este tomo algunos trabajos del autor, desde hace tiempo agotados: un estudio sobre **Los Nahuas de Nicaragua**, uno so-

bre **Folklore nicaragüense**, uno acerca del **Pensamiento Mágico de Nicaragua** y una **Breve historia de la tenencia de la tierra**. El autor, desde hace muchos años, se ha entregado a esta clase de investigaciones alternando con su brillante labor literaria y sobre todo poética, y pertenece al famoso grupo de intelectuales que se formaron en el **Taller de San Lucas**, alrededor del homónimo cenáculo granadino.

He reseñado sintéticamente las publicaciones del Banco de América de Nicaragua. Queda por decir que unas quince o veinte obras más están actualmente en la imprenta y que posiblemente, cuando esta reseña vea la luz, muchos títulos más se podrán añadir a los que he señalado.

Considerando lo que ha sido siempre la precaria situación de la editoría en Nicaragua; considerando la falta de una seria política cultural por parte de las autoridades gubernamentales; considerando las muchas y bien conocidas dificultades contra las que ha tropezado siempre el esfuerzo de pocos y voluntariosos individuos aislados, (recordamos la editorial **Nuevos Horizontes**, debido al entusiasmo y al esfuerzo de María Teresa Sánchez), es preciso convenir en que la actividad editorial del Banco de América ha cambiado profundamente, en estos últimos cuatro años, el panorama cultural del país. No podemos sino expresar a la institución nuestra gratitud de estudiosos, tanto más profunda por cuanto raras son las entidades de esta naturaleza que se preocupan por cumplir con tareas semejantes.

No han caído, pues, en saco roto las amonestaciones que José Coronel Urtecho consignó en sus famosas conferencias a la empresa privada.

Por supuesto que junto con el agradecimiento va la formulación de un voto: que tan benemérita actividad continúe proyectándose siempre más en la vida cultural del país.

Viene de página 26

La noche será larga. Papá y mamá se han ido a acostar y el abuelo hace ya horas que descansa. Es el momento de decidir.

Me levanto y visto. Tomo a Micifuz entre los brazos. Camino como un fantasma, sin hacer ruido.

Micifuz y yo nos marchamos de casa.

Pero antes de despedirme siento cómo una lágrima cae sobre mi mejilla. ¿Me llorará papá? ¿Me llorará mi querida mamita?..

— Anda, Micifuz, no seas débil.

Por fin abro la puerta y me sobrecoge el silencio de la escalera. El gato presiente algo extraordinario y quiere huir de mis brazos, pero consigo que se quede quieto y le mimo constantemente para que aleje el temor a la oscuridad.

¡Qué frío se nota! ¡Qué vacío tan grande y qué tristeza!

Yo no abandonaré nunca a mi gato, y papá y mamá deberían comprenderlo, abandonando esta idea tan fea que les ha dado.

Voy bajando las escaleras y tardo mucho en llegar a los rellanos, tan oscuro está todo y con tanto tiento debo andar. Al fin me sé en la planta baja y a través de la puerta encristalada veo la calle. No se escucha ningún rumor, salvo el fuerte latir de mi corazón.

Micifuz se acurruca más y más y es como un tierno ovillo.

Me doy cuenta ahora de que mi huida es algo absurdo, improvisada. No reparé en tomar comida, ni para mí ni para el gato y sé que mi salida de casa no tendrá éxito. Pero no cederé. Estoy en mi derecho, y un gato como Micifuz merece mi cariño. Siempre fué un gato bueno, quieto, agradecido, no de estos gatos que por nada huyen o ponen la cola tiesa. Creo que papá y mamá no han obrado bien queriendo prescindir del gato.

Estamos ya frente a la puerta de entrada y le digo a Micifuz que se esté quieto. El frío es intenso y recuerdo con cierta nostalgia el calorillo de mi cama.

Y, de repente me doy cuenta de mi torpeza: no cogí la llave de la puerta y no podremos huir.

Un sofoco me viene y me va y siento cómo la impoten-

HAN SENTENCIADO A MICIFUZ

cia me vence. ¡Pero no subiré nuevamente al piso! ¡Aunque muera aquí no subiré al piso! ¡Que papá y mamá se convengan de que hay cosas más importantes que conservar en buen estado las cortinas y el papel del comedor. ¡Jamás! ¡Jamás cederé!

Pero tengo miedo.

¿Sabéis qué misteriosos ruidos se escuchan en la noche? Yo diría que se oyen el ronquido de todos los vecinos. Y se escuchan pasos y crujir de muebles y un abrir y cerrar puertas constantemente. Y un correr del agua por las cañerías. Y en la calle, pasos quietos, como de sonámbulos. ¡Oh, cuántos ruidos en el silencio de la noche!

Me quedo triste por la falta de la llave. Micifuz tal vez se ha dormido ya porque apenas si se mueve.

Yo me acurruco en un rellano y el frío es tan grande que tirito muy rápidamente. Pero estoy decidido a salvar al gato.

Y allí, en silencio, espero que amanezca y que alguien abra la puerta por donde salir al mundo. Huir de casa, para demostrar así que no se pueden tomar decisiones familiares sin contar conmigo.

Marcharé apenas alguien abra la puerta. Pero no. No tengo suerte. Evidentemente la puerta se abrió, para entrar el vecino más metemethodo de la casa. Un foco de luz me ilumina.

¡Me cayó!

No me puedo escabullir y la sorpresa del vecino es tremenda. Micifuz ante el foco de la linterna dá un salto y se aleja escaleras abajo.

Preguntas. Sin contestación, claro. ¡Qué se habrán creído! Pero pueden conmigo y me llevan a casa.

¡Qué alboroto en casa, qué de llantos, de gritos, de amenazas!

Mamá parece histérica y papá solloza como un niño. Al fin se calman y me acuestan, pero me hacen tomar un buen vaso de café con leche muy caliente.

Yo pido a Micifuz y digo que no voy a dormirme y que me pondré enfermo si el gato no viene a dormir conmigo. Papá dice que sólo falta ahora tener que buscar al gato. Pero sale del piso.

Al fin regresa con él, pero Micifuz no será ya el mismo gato bonachón de siempre. Está dolido y no quiere subir a la

cama y dormir entre mis piernas. Será difícil calmarle. Ha sido una prueba para el gatito.

No me acuerdo cuánto tiempo me costó dormirme, pero al fin caí. Y al despertar siento que mi cabeza dá vueltas y más vueltas y llamo a mamá muy asustado. Siento que lloro como un crío y mamá dice que no será nada, que son consecuencias de mi salida nocturna. Pero en vista de que sigo quedándome deciden llamar al médico.

Micifuz se ha perdido debajo de un mueble y no hay quien le saque de él.

El médico dice que es un simple resfriado y que con dos días de descanso, en cama, asunto resuelto. Pero le cuentan toda la historia y se pone serio y feo y sentencia que no es bueno tener gatos en casa cuando hay niños tan pequeños como yo. Ha sido suficiente para que papá y mamá me miren como queriendo decir...

O sea que vuelven a sentenciar a Micifuz. Y ahora la cosa va en serio, porque papá lo ha estado buscando y lo ha metido dentro de una cesta grande de mimbre y dice que lo llevará a casa de un buen amigo que quiere mucho a los animales.

Pero todo esto acaba conmigo. Me siento desfallecer y la ira me asoma a flor de piel.

Y cuando vuelve papá le digo que no le quiero, y que de ahora en adelante veré de buscar trabajo y no tener que depender de unos padres que tienen tan mal corazón.

Esto le sentó mal a papá, lo sé. Y después de tranquilizarme ha llegado a decirme que ya no soy un niño y que debería pensar que un gato es un foco de infecciones y que ya no soy un niño y debería comprenderlo.

Tal vez sí. Tal vez ha pasado ya mi primavera y soy ya un hombre.

Me levanto, pues, sin que ellos me observen y miro mi cara para ver si se refleja en ella un cambio. No noto nada, pero tal vez ya no soy un niño.

Y por esto cojo un cigarrillo de papá y me voy a fumarlo al cuarto de aseo. No me molesta ni me hace toser, ni me dá náuseas.

Me sienta bien este cigarrillo. Y me olvidé de Micifuz.

Porque, seguro, seguro que ya soy un hombre ¡y esto es importante!

Colaboradores en este número

AZOFEIFA, Isaac Felipe. (Véase Repertorio Americano, Año I, N°3).

BRUGMAN, Barbara. Oregon, 1946. Master of Arts, Universidad de Boston. Especializada en geografía urbana y económica. Profesora en la Universidad Nacional de 1974 a 1976.

CASSEY, Jeffrey. Michigan, 1949. Licenciado en Historia, Universidad Nacional, 1974. Profesor en la misma Universidad desde 1974. Publicaciones: *La mano de obra en el Ferrocarril al Atlántico*, 1976; varios artículos en la Revista de Historia de la Universidad Nacional.

CERUTTI, Franco. (Véase Repertorio Americano, Año I, N°4).

CHAMORRO, Faustino. (Véase Repertorio Americano, Año I, N°4).

NARANJO, Carmen. Cartago, 30 de enero de 1930. Realizó sus estudios en Costa Rica, especiali-

zándose en México y Iowa. Su actividad de escritora la ha compartido con funciones de suma importancia para el país: Asistente de Gerencia del Instituto Costarricense de Electricidad, Subgerente Administrativa de la Caja Costarricense de Seguro Social, Embajadora de Costa Rica en Israel, Ministra de Cultura, Juventud y Deportes.

Su producción literaria comprende poesía lírica y narrativa: *Canción de la ternura*, poesía; *Los perros no ladraron*, novela, 1966, galardonada con el Premio Aquileo J. Echeverría; *Camino al mediodía*, novela, 1968, premiada en Guatemala; *Memorias de un hombre palabra*, novela, 1968; *Misa a oscuras*, poesía; *Idioma del Invierno*, poesía; *Responso por el Niño Juan Manuel*, novela, 1971, Premio Aquileo J. Echeverría; *Diario de una multitud*, novela, 1974, premio EDUCA; *Hoy es un largo día*, cuento, 1974, Premio Editorial Costa Rica.

ROSS, Ronald. Denver, Colorado, Estado Unidos, 1940. Bachiller en Lengua y Literatura Españolas de la Universidad de las Américas, D. F. Licenciado en

Filología, Lingüística y Literatura en la Universidad de Costa Rica. Doctorado en Lingüística Española por la Universidad de Colorado. Profesor de Lingüística en la Universidad de Costa Rica y en la Universidad Nacional.

VARGAS ALFARO, German. Tilarán, Guanacaste, Costa Rica, 1941. Licenciado en Filología, Lingüística y Literatura en la Universidad de Costa Rica. Su preparación para laborar en la Administración Pública la completó con un Seminario sobre Programas de Adiestramiento en el Instituto Centroamericano de Administración Pública (ICAP), en 1968 y con un Curso Superior de Administración Pública en el ICAP, en 1976, por el que recibió Mención Honorífica. Actualmente trabaja en la Dirección General de Servicio Civil y como Profesor en el Liceo de Costa Rica (Nocturno).